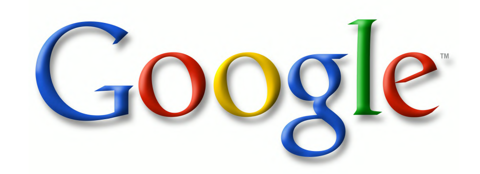
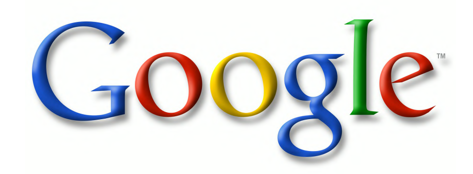
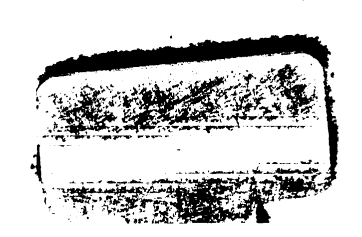








ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMÁTICA.

# VASCO NUÑEZ DE BALBOA.

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

ORIGINAL DE

PEDRO DE NOVO Y COLSON.

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1882.

# VASCO NUÑEZ DE BALBOA.

# VASCO NUÑEZ DE BALBOA.

DRAMA HISTÓRICO



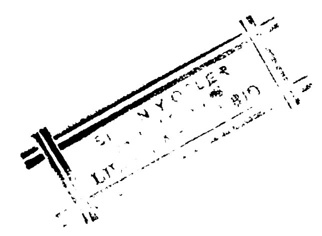
EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

ORIGINAL DE

**PEDRO DE NOVO Y COLSON.**

Representado en el Teatro de Apolo el 20 de Diciembre de 1882.





MADRID.
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23.
1882.

AL ILMO. SEÑOR

## D. MANUEL CAÑETE,

*al eminente crítico, al gran hablista, al insigne poeta, al hombre de alma generosa y de corazón nobilísimo, dedico este drama en testimonio de amistad, gratitud y admiración.*

P. DE NOVO Y COLSON.

| PERSONAS. | ACTORES. |
|---|---|
| DOÑA MARÍA | DOÑA ELISA MENDOZA TENORIO. |
| » ISABEL DE BOBADILLA | CONCEPCIÓN MARÍN. |
| VASCO NUÑEZ DE BALBOA | D. ANTONIO VICO. |
| D. PEDRO ARIAS DÁVILA | JOSÉ VALERO. |
| FRANCISCO PIZARRO | JULIO PARREÑO. |
| PEDRO DE ARBOLANCHA | RICARDO VALERO. |
| OBISPO QUEVEDO | MANUEL APARICIO. |
| ALONSO DE LA PUENTE | JOSÉ GONZÁLEZ. |
| HERNANDO DE ARGÜELLO | PAULINO DELGADO. |
| JUAN DE AYORA | ALEJANDRO ALMADA. |
| GASPAR DE ESPINOSA | FERNANDO VIÑAS. |
| GRIJALBA | FERNANDO CORRAL. |
| ORDUÑO | PEDRO MORENO. |
| ROBLEDO | FRANCISCO PERRÍN |
| BERNARDINO CIENFUEGOS | MANUEL MAÑAS. |
| GINÉS | JUAN RIANCHO. |
| TELLO | RAMIRO LANDA. |
| ENMASCARADO PRIMERO | MANUEL MUÑOZ. |
| IDEM SEGUNDO | ANTONIO PERRÍN. |
| UN CENTINELA | ANTONIO PÉREZ. |
| MURCIO | ALFREDO TALAVERA. |
| OTRO CENTINELA | RAMON GALINDO. |
| CAPITAN BOTELLO | RICARDO GÓMEZ. |

Capitanes, abanderados, soldados é indias.

NOTA. Todos los versos señalados con *asteriscos* deben suprimirse en la representación.

---

# PRÓLOGO.

UNA CASA DE CAMPO EN LAS CERCANÍAS DE SEGOVIA.

*La escena representa un jardín con algunos árboles.—A la derecha del actor la fachada de una casa grande de dos cuerpos, cerca de cuya entrada hay un banco de piedra.—En el fondo una tapia ó muro elevado, con puerta ó postigo en medio.—Paralela á esta tapia, como á uno ó dos metros delante de ella, vallado ó pretil de ramage bastante alto para que pueda ocultar á un hombre tendido.—El vallado se extiende á derecha é izquierda, pero no en el centro del escenario, para dejar libre paso hasta el postigo.—Es de noche: la luna ilumina la casa y el banco.*

## ESCENA PRIMERA.

TELLO.

(Aparece cerrando la puerta.)

TELLO. Cerré de firme el postigo,
privando de todo acceso
á este recinto cercado
de murallones espesos
ó de espinosa maleza...
Pero, ¡voto á San Prudencio,
que todo cuidado es poco
en estos benditos tiempos
de asonadas y motines,
de herejes y bandoleros!
Mi señor don Pedro Arias
pudiérase estar muy quieto
en su casa de Segovia,
á todo peligro ajeno,
y no gustar de los campos,

ni de enramadas ni huertos,
ni de tardes veraniegas...
¡Pastoriles embelecos!
Porque, al fin, vivir seguros
vale más que todo ello. (Mira por la izquierda.)
Ya se acerca la señora
con su hija: ¡buen paseo
han dado por la arboleda!

## ESCENA II.

DOÑA ISABEL, DOÑA MARIA, TELLO.

(Doña Isabel y Doña María entran por la izquierda asidas del brazo.)

TELLO. Muy santas y buenas noches,
mis señoras... (Saludando.)
ISABEL. Gracias, Tello.
¿Ha regresado mi esposo?
TELLO. No; mas perded el recelo,
que puesto el pié en el estribo
me dijo el señor don Pedro:
«Quizás vuelva un poco tarde;
procura hallarte despierto.»
Y camino de Segovia
á escape partió derecho.
ISABEL. Siendo así, tranquila aguardo.
MARÍA. Despiertas le esperaremos.
ISABEL. Cuidad que la cena á punto
encuentre.
TELLO. Voy al momento.

## ESCENA III.

DOÑA ISABEL, DOÑA MARIA.

(Se sientan en el banco. María con abatimiento y distraida.)

ISABEL. Algo queda todavía
oculto en tu corazón.

No ha sido la confesión
muy sincera... (Con dulce reconvención.)

MARÍA. ¡Madre mía!

ISABEL. Otro pesar miro impreso
en tu purísima frente...
(La besa en la frente y se detiene un poco mirándola.)
¿Lo ves?... ¡cuál será inclemente,
pues no lo borra mi beso!
¿Ahora sonríes? ¡En vano
quieres negar tus enojos!...
¿No ha caido de tus ojos
esta lágrima en mi mano? (Enseñándosela.)
Hija, recobra la calma
y díme cuál es tu duelo,
que sólo amor y consuelo
guardo aquí. (Apoyándole una mano sobre el pecho.)

MARÍA. ¡Madre del alma!

ISABEL. ¿Acaso insegura es
mi protección empeñada
para que quede olvidada
tu boda con el marqués?

MARÍA. ¡Oh, no! vuestro amor me escuda;
no temo que se quebrante.

ISABEL. ¿Y aún vacilas?

MARÍA. Un instante.

ISABEL. ¿Qué te detiene?

MARÍA. Una duda.

ISABEL. ¿Dudas?

MARÍA. De hallar indulgencia.

ISABEL. Llevo un raudal en el pecho. (Con ternura.)
¿Quieres más?

MARIA. Quiero el derecho
de conservar mi... dolencia.

ISABEL. ¡Oiga! Aquesa condición (Sonriendo.)
revela todo el arçano...

MARÍA. ¿Qué revela? (Muy confusa.)

ISABEL. El Dios tirano
no perdona un corazón.
Mas ¿por qué, si el amor puro
es un noble sentimiento,

tú le ocultas, y en tormento
le conviertes?

MARÍA. Porque auguro
que aunque á los cielos alcanza
por lo grande y por lo honrado,
más feliz vive callado
este amor sin esperanza.

ISABEL. ¿Acaso temes, María,
que conociendo tu afán
no te adore ese galán?...

MARÍA. ¡Si él me adora, madre mía!

ISABEL. ¡Ah! ¿Con que un hombre te ama
y entristeces?

MARÍA. No os asombre.

ISABEL. ¿Cómo se llama ese hombre?

MARÍA. Ignoro cómo se llama.

ISABEL. Tu ignorancia no me explico.
¿Desconoces por rareza
de Segovia á la nobleza?

MARÍA. Mas él no es noble ni rico.

ISABEL. ¡Que no te merece infiero!... (Con sobresalto.)

MARÍA. ¡Sí, que una reina merece! (Con entusiasmo.)

ISABEL. ¿Quién es? (Con afán.)

MARÍA. No sé.

ISABEL. ¿Qué... parece? (Con impaciencia.)

MARÍA. Un hidalgo aventurero.

ISABEL. ¡Hija! (Con severidad y levantándose: ambas se acercan al proscenio.)

MARÍA. ¡Perdón!

ISABEL. ¡Qué demencia! (Idem.)
¿Así tu linaje olvidas?

MARÍA. Ya que os mostré mis heridas (Suplicante.)
¿me negaréis indulgencia?

ISABEL. Eso nunca; pero ansío
de tus luchas el relato.

MARÍA. Sí, madre, os haré el retrato
del que rindió mi albedrío.
Cuando hace un año en la corte
con vuestra prima me hallaba
á menudo cabalgaba

por la Alameda del Norte.
De galanes un tropel
se nos acerca una tarde;
yo, haciendo de brava alarde,
largo bridas al corcel.
Parte veloz como el viento
por el quebrado camino;
y, envuelta en un torbellino,
casi perdido el aliento,
en vano atajar procuro
su ya espantosa carrera:
salta un foso, una barrera,
y al fin hacia un alto muro
dirige el ímpetu ciego...
¡Favor! ¡favor! grito ansiosa
á la plebe, que medrosa
huye y se aparta; ya llego
casi al muro, y al tocallo
de la muerte iba á ser presa,
cuando un hombre se atraviesa
delante de mi caballo.
Salta al cuello del bridón,
que lo arrastra; más se aferra,
lo vence, y lo clava en tierra
con la fuerza de un león.
Rompe en aplausos la plebe,
y yo miro palpitante
á mi salvador delante,
y al potro que no se mueve.

ISABEL. ¡Hija! peligro tan cruel
me ocultaste.

MARIA. Por temor...

ISABEL. ¡Dios mío!... y tu salvador...

MARÍA. Era un gallardo doncel
de noble y altiva frente,
buen talle, dulce mirada,
morena tez, larga espada,
y vestido pobremente.
«La vida os debo»—le dije.
«Pedid; ¿qué quereis?» y urbano

ahogando triste suspiro,
¡cuando lo encuentro lo miro.
y cuando no, pienso en él!

ISABEL. ¡Pobre niña! has alentado
ciego amor sin esperanza,
pues nadie lograr alcanza
un imposible soñado.
Corresponde á tu blasón
noble sangre, ilustre nombre...

MARÍA. Si es eso, ¡mostradme un hombre
de tan grande corazón!

ISABEL. Mas si de honrado se precia,
¿por qué en el misterio vive?

MARÍA. ¿Por qué?... ved lo que me escribe.
(Saca un billete con precipitación y se lo entrega á Isabel.)
Él lo dirá...

ISABEL. ¡Loca, necia, (Con enojo y dolor.)
desventurada hija mía,
víctima de engaño artero!

MARÍA. Leed el billete primero; (Con infinita dulzura.)
luego culpad mi osadía.

ISABEL. (Leyendo.) «Mi pobreza es bien notoria.
»mi nombre oscuro, y lo callo
»mientras que no pueda usallo
»radiante de inmensa gloria.
»Para mi noble ambición
»buscando campo fecundo,
»ahora parto al nuevo mundo
»descubierto por Colón.
»Si en mi valor tenéis fé
»y un año esperáis constante,
»os juro que, firme amante,
»digno de vos volveré.
»Rica sois, eso me humilla;
»y, verdugo de mí mismo,
»solo salvaré el abismo
»siendo grande de Castilla.
»Difícil empresa intento;
»mas si vana la deploro,

»será para la que adoro
»mi postrero pensamiento.»

(Doña Isabel hace una pausa y medita. María llora en silencio.)

ISABEL. ¡Con tan noble proceder
me deja de asombro muda!
¿Se marcha?

MARÍA. Y marcha sin duda
para nunca más volver.

ISABEL. ¿Lloras?

MARÍA. No. (Queriendo ocultarlo.)

ISABEL. ¡Pobre hija mía!
Arde tu frente, y me abrasa (Tocándole.)
tu mano. Entremos en casa
que ya comienza á estar fría
la noche.

MARÍA. ¿Vuestro perdón
me dais?

ISABEL. Y rezar anhelo (Con voz cariñosa.)
para que bendiga el cielo
tan generosa ambición.

(María besa á su madre y medio abrazadas entran en la casa.)

## ESCENA IV.

PUENTE y GINES.

(Apenas queda la escena sola, Puente asoma por encima de la tapia y se monta en ella. Lo mismo hace Ginés, que lleva antifaz.)

PUENTE. (Montado en el muro.) ¡Nadie!... ni un leve rumor
oigo, mas la gente aún vela.
(Reparando en la luz de la casa.)
La escala, Ginés.

GINÉS. Ahí va.
(Desliza una escala sobre el jardín.)

PUENTE. Afírmala en esta piedra.
Ahora, que Dios ó el diablo
nos saquen bien de la empresa.
(Puente desciende al jardín y Ginés le sigue, deteniéndose ambos al pié de la escala.)

PUENTE. Llega al postigo y descorre
(Señalando á Ginés la puerta del cercado.)
los cerrojos; su cadena
lima, mas sin ruido.

GINÉS. Voy.

PUENTE. En tanto, yo quedo alerta.
(Ginés se dirige á la puerta y trabaja por abrirla, oyéndose limar el hierro.—Puente se acerca á la casa con precaución.)
Voces escucho; sin duda
es que á Pedrarias esperan;
¡tarde será cuando llegue!
Si la locura me ciega
culpa es del mismo Pedrarias
que siempre me dijo: «Espera;
»quizás el viejo marqués
»la palabra me devuelva
»que de entregarle á María
»en hora mala le diera.
»Entonces tuya será.
»Pide á Dios que una ocurrencia
»su renuncia facilite,
»y tu ventura completa.»
Si esto Pedrarias me dijo,
si amor audacia aconseja
y al marqués debo la vida,
lo que el matarlo me veda,
¿para alcanzar mi ventura,
qué he de hacer? ¡Venir por ella,
como amante, si es arrojo;
cual bandido, si es vileza!
Después decida Pedrarias
si perdona ó si se venga.
Mas siento pasos. ¡Ginés?
(Puente se coloca el antifaz y se acerca al postigo.)

GINÉS. ¿Qué es ello?

PUENTE. Que gente llega.
¿Y ese postigo?

GINÉS. Resiste.

PUENTE. ¿La mordaza?...

GINÉS. Está dispuesta.

## ESCENA V.

DICHOS y TELLO.

(Tello sale de la casa muy despacio y se detiene en medio de la escena.—Puente y Ginés, con capas y antifaces, ocultos detrás de un árbol.)

PUENTE. (Atención.)
GINÉS. (Un hombre sale.)
TELLO. Esta noche no se cena
hasta que regrese el amo,
por cuya extraña ocurrencia
yo, que con ansias soporto
castigo de tal crudeza,
vengo á empinar una bota
lejos de gente indiscreta,
porque tal vez no faltára
quien ayudarme quisiera. (Bebe.)
PUENTE. (A Ginés.) (Es el viejo mayordomo.)
GINÉS. (A Puente.) (Y las llaves de esa puerta
debe guardar en el cinto.)
PUENTE. (A Ginés.) (Avancemos con cautela.)
(Puente y Ginés se acercan lentamente á Tello.)
TELLO. ¡Vaya un vinillo! es añejo
de Daroca ó Cariñena.
Como á oscuras lo busqué
salió el mejor de la cueva. (Bebe otra vez.)
(Puente y Ginés se arrojan sobre Tello y le sujetan. Ginés le coloca una mordaza.)
TELLO. ¡Jesús!! (Con profundo estupor y soltando la bota.)
PUENTE. ¡Silencio, bergante!
GINÉS. Ya no hay temor de que muerda.
(Con sorna asegurándole la mordaza.)
PUENTE. Atémosle á un árbol de estos,
pero pronto.
GINÉS. ¡Cómo tiemblas,
(A Tello mientras le ata.)
viejo mastín!
PUENTE. Esa llave
búscale, que corre priesa.

GINÉS. Tiene colgado un racimo.
PUENTE. Pues córtale la correa.
(Ginés saca el puñal y al acercarlo al vientre de Tello, éste se agita y hace visajes de horror.)
GINÉS. ¡Por el rabo de Luzbel,
estése quedo y no tema!
(Le corta la correa y se apodera del llavero que muestra á Puente.)
¡Hélo aquí!
PUENTE. Bien, no tardemos,
que nuestros hombres esperan.
(Se dirigen á la puerta del fondo y procuran abrirla.)
GINÉS. La más grande del manojo
debe ser; sin duda es esta. (Prueba con una llave.)
PUENTE. ¿Encaja en la cerradura?
GINÉS. Sí, por vida de mi abuela.
PUENTE. ¡Bravo, Ginés!
GINÉS. Sólo falta
desenganchar la cadena...
(Lo hace y óyese el ruido del hierro.)
es fácil.
PUENTE. ¡Silencio! (Con sobresalto.)
GINÉS. Ved (Abre.)
cómo ya gira la puerta.

## ESCENA VI.

DICHOS y ENMASCARADOS.

(Al abrirse el postigo aparecen en él tres hombres con capas y antifaces, los cuales entran á una indicación de Puente.)

PUENTE. ¡Hola! pasad sin recelo,
mas con sigilo. ¿Dispuesta
(Dirigiéndose á un hombre.)
quedó la silla de mano?
1er ENM. Sí, señor.
PUENTE. Tened en cuenta (Idem á todos.)
las instrucciones que os dí;
sólo hallareis una dueña
y un mancebo; sin violencia
serán atados los dos

de modo que no se muevan,
y luego á doña Isabel
en un cuarto se le encierra
del interior de la quinta.
Todo á escape; que yo mientras
habré sacado á la dama
para quien es la litera.

GINÉS. ¿Y si el criado resiste
con armas?

PUENTE. Le clavas esa. (**Indicándole la daga.**)
Con que adelante sin ruido.
Abre, Ginés.

(**Ginés se acerca con el llavero, y al tocar la puerta ésta cede.**)

GINÉS. Está abierta.

(**Algunos sacan los puñales y entran en la casa, quedando el último Puente.**)

PUENTE. ¡Ay del que osare oponerse
entre el tigre y la gacela!

## ESCENA VII.

**TELLO, solo.**

(**Cuando todos se van, Tello hace esfuerzos para desprenderse de la mordaza y lo consigue.**)

TELLO. ¡Ah! ¡cayó al fin! ¡San Prudencio
me valga, que de esta hecha
sucedió lo que temía!
(**Forcejea por desasirse, inútilmente.**)
¡No puedo... malditas cuerdas!
(**Oyese ruido dentro de la casa y gritos de mujeres pidiendo socorro.**)
¡Pobres señoras, las matan
sin que nadie las defienda!
(**Continúa oyéndose ruido y gritos de angustia.**)
¡Socorro! ¡Favor, aquí! (**Gritando.**)
Mas, ¿qué grito? tente, lengua,
porque temo que te corten
cuando salgan esas fieras.

¡Jesús! ya aparecen dos,
ya vienen todos, ya llegan!
(Vuelve el rostro tratando de ocultarlo.)
(Salen todos enmascarados, y detrás Puente con Doña María en brazos.)

## ESCENA VIII.

TELLO, GINES, LOS TRES ENMASCARADOS, PUENTE con DOÑA MARÍA, luego VASCO NUÑEZ.

MARÍA. ¡Favor, favor! ¡Madre mía! (Cae desfallecida.)
PUENTE. ¡Aproximad la litera!
(Los tres enmascarados salen por la puerta del cercado.)
VASCO. (Dentro.) ¡Atrás, miserables!
1er ENM. (Dentro.) ¡Ah!
¡Muerto soy!
2.º IDEM. (Dentro.) ¡Jesús me tenga! (Vuelve á entrar en escena retrocediendo, y cae quedando oculto por el vallado.—Vasco Nuñez aparece con espada en mano y se arroja sobre Ginés.)
PUENTE. ¡Maldición!
GINÉS. ¡Un hombre es solo! (Desenvaina y riñe.)
PUENTE. ¡Pero tres echó por tierra!
VASCO. ¡Villano, también caerás!
(Puente abandona á Doña María y saca la espada corriendo en ayuda de Ginés.—Doña María eleva al cielo las manos, y contempla á Vasco Nuñez con extraordinaria emoción.)
MARÍA. ¡El es, Vírgen Santa!
PUENTE. ¡Aprieta (Riñe con Vasco Nuñez.)
los puños, Ginés!
GINÉS. Sospecho
que Satanás le sustenta. (Idem.)
(Vasco Nuñez desarma á Puente, que salta atrás con desesperación.)
PUENTE. ¡Mil rayos! ¡Saltó mi espada!
VASCO. ¡Vuelve, bandido, por ella!
(Acorrala á Ginés, que retrocede hacia la puerta del cercado.—Puente llega antes á dicha puerta, y se detiene un momento.)

GINÉS. ¿Quién puede herir á un demonio?
PUENTE. ¡Matarte juro! (Amenaza á Vasco Nuñez y desaparece.)
GINÉS. ¡Flaquea
mi esperanza; huyamos!
(Váse precipitadamente por el postigo.)
VASCO. (Envainando.) Huyen
cual liebres por la maleza.

## ESCENA IX.

VASCO NUÑEZ, MARÍA y TELLO.

(Vasco Nuñez se acerca rápidamente á Tello con objeto de desatarle. María le sigue con la vista revelando grande emoción.)
(Escena rapidísima.)

MARÍA. ¡Salvada por él!
TELLO. ¡Auxilio!
(Tello al ver acercar á Vasco Nuñez con un puñal, tiembla de miedo.)
VASCO. Ya están cortadas las cuerdas. (Lo hace.)
TELLO. ¡Ah, señor, sin duda sois!...
VASCO. Doña Isabel desespera... (Indicando la casa.)
Volad, volad en su busca
mientras yo guardo la cerca.
TELLO. Corro al punto: mas sin llaves
larga será la faena. (Entra en la casa.)

## ESCENA X.

MARIA y VASCO NUÑEZ.

VASCO. Señora, plúgole á Dios
que en mi postrer despedida
reclamar pueda de vos
un premio, cual otros dos,
que antorchas son de mi vida.
MARÍA. Tomad... (Alargándole la mano.)
VASCO. ¡Gracias!
MARÍA. (Lucho en vano...)

VASCO. ¡Dulce bien! (Le besa con creciente afán.)

MARÍA. (¡Cielo piadoso,
fuerzas dadme!...)
(Hace un ligero esfuerzo para desprenderse.)

VASCO. ¡Amor insano!...
(Oprimiéndola entre las suyas.)

MARÍA. ¡Por compasión!...

VASCO. Esta mano
que abandonar es forzoso;
esta mano que ahora estrecho
con temblorosa avidez,
porque cobarde sospecho
que es quizás la última vez
que llega á tocar mi pecho;
esta, mi prenda querida,
que pude ver conseguida
tres veces, con varia suerte,
ora salvando una vida,
ora esparciendo la muerte;
esta, la rica diadema
de mi amante arrojo palma,
que con ventura suprema
del fuego que abrasa el alma
mi beso candente quema;
esta mano, fuerte imán
que oprimo con ansia loca,
cuando en sorda lucha están
por libertarla mi afán,
por detenerla mi boca;
tan amada prenda mia,
¿quién logrará si hasta vos
no me eleva la osadía?

MARÍA. ¡Vuestra ha de ser ó de Dios!

VASCO. ¡Cielos!

MARÍA. ¡Lo juro!

VASCO. ¡María!... (Hincando la rodilla.)
¡María, bendita seais!

MARÍA. Alzad...

VASCO. ¡Mi bien!

MARÍA. Os lo ruego.

VASCO. ¿Tanto señora, me honráis?
(Levántase con profunda emoción.)

MARÍA. ¡Vida y honor me salváis;
el alma en pago os entrego!

VASCO. ¡Gracias!... ¡ah!... me maravilla...
(Tocándose los ojos.)
¡Vive Dios!... Acaso pueda
dar luz á tu fé sencilla
esta lágrima que rueda
por mi tostada mejilla.
La toco de asombro mudo,
y en vano á inquirir acierto
qué fuerza arrancarme pudo
del fondo del pecho rudo,
esta lágrima que vierto.
Quizás el alma te envía
con ella respuesta alguna
mejor que yo te daria...
¡Mírala brillar, María,
á los rayos de la luna!
¡Mira á su blanco fulgor
el tributo más sincero,
la joya de más valor
que ofrecer puede á su amor
este pobre aventurero!
(Vasco Nuñez queda un momento con las manos sobre los ojos, y María muy conmovida se aproxima á él.)

## ESCENA XI.

VASCO NUÑEZ, MARIA, DOÑA ISABEL, TELLO.

(Doña Isabel sale de la casa apoyada en Tello.)

MARÍA. ¡Os amo y me hacéis dichosa!
(A Vasco Nuñez con arranque de pasión. Vasco y María entrelazan sus manos y se miran en silencio.)

ISABEL. (Desde la puerta.) ¡Salid al camino, Tello,

y prevenid á mi esposo
de tan horrible suceso!

**(Tello váse por el fondo. Doña Isabel corre hacia su hija, y ésta, al verse sorprendida, se aparta vivamente de Vasco Nuñez arrojándose en brazos de su madre.)**

ISABEL. ¡Hija!
MARÍA. ¡Madre idolatrada!
ISABEL. Ese hidalgo... **(Al oido mientras la abraza.)**
MARÍA. ¡Es él!... ¡Mi dueño! **(Idem.)**

**(Doña Isabel se coloca entre María y Vasco. Este se descubre.)**

VASCO. Señora...
ISABEL. Ya sé quién sois;
conozco vuestros proyectos,
y que es el ídolo mío
también el ídolo vuestro.
Si lleváis un nombre oscuro,
para mí no puede serlo;
que vale salvar á mi hija
más que rendir un imperio.
Madre soy, que ciega adoro;
madre de un ángel del cielo,
que de la muerte librásteis
y de la deshonra luego.
¿Pagaros?... locura fuera
buscar suficiente premio.
Pero mi vida, mi sangre,
cuanto soy, cuanto poseo,
todo, hidalgo generoso,
¡con mi gratitud es vuestro!
VASCO. Señora, ver me dejáis
de felicidad un cielo,
y no podré con palabras
expresaros lo que siento.
Os hallo á mi amor propicia,
á mi amor, dulce secreto
que ella y yo, cual un tesoro,
guardábamos en el pecho.
Hoy por vos, tranquilo parto
para alcanzar con mis hechos

un nombre ilustre, señora,
acaso digno del vuestro. (Se cubre.)

PEDRAR. (Dentro.) Ten el estribo, y aguarda
con el caballo del diestro.

TELLO. Bien, señor.

ISABEL. ¡Tu padre llega!

(Doña Isabel y María corren hacia el foro. Pedrarias entra precipitadamente y se abraza á su mujer y á su hija.)

PEDRAR. ¿Dónde estáis?... ¡Gracias al cielo!

## ESCENA XII.

DICHOS y PEDRARIAS.

PEDRAR. ¡Yo vengaré el atentado
cobarde contra mi honor!
¿Quién sois, mancebo?

VASCO. Señor...

ISABEL. ¡Quien vuestro honor ha salvado!

PEDRAR. Bien está. De tanto dolo
saber quiero con ahinco...
¿Esos viles eran?...

VASCO. Cinco.

PEDRAR. ¿Y mis amigos?

VASCO. Yo sólo.

PEDRAR. ¿Os burláis?

VASCO. No, por mi fé.

PEDRAR. ¿Los vencísteis?

VASCO. Vedlo vos.
Ved allí...

PEDRAR. ¡Poder de Dios! (Reparando en los caidos.)

VASCO. De los que huyeron no sé.

PEDRAR. ¡Valiente sois!

VASCO. Soy honrado,
y el cielo me presta ayuda.

PEDRAR. ¡Mucho os debemos!...

VASCO. Sin duda
soy yo quien queda obligado.
(Mirando á Doña Isabel.)

PEDRAR. Estrechadla. (Alargándole la mano.)

VASCO. ¡Es grande honor!
PEDRAR. Há tiempo que no acuchilla. (Con amargura.)
VASCO. Sé que os llamaba Castilla
el galán y el justador.
PEDRAR. Me hace feliz recordallo; (Le saluda.)
mas decidme nuestro nombre.
VASCO. Perdonad, y no os asombre;
que por humilde lo callo,
hasta que pueda orgulloso
medirlo con el primero.
PEDRAR. Noble ambición.
VASCO. Si no muero,
haré mi nombre glorioso.
PEDRAR. Calladlo pues: mas deudores
os somos, y el pago es justo.
(Ofreciéndole una bolsa.)
A mis riquezas me ajusto.
VASCO. ¡No! (Rechazándola con dignidad.)
PEDRAR. ¿Rehusáis?
VASCO. Tales rubores,
no merezco.
PEDRAR. (¡Caso extraño,
qué fiero orgullo publica!)
¿Es vuestra casa muy rica?
VASCO. ¡Es muy pobre!
PEDRAR. (No me engaño.)
Cierto: mejor se concilia
en un ánimo esforzado,
llevar de alférez el grado
á las playas de Sicilia.
VASCO. Fueran mis dichas palmarias;
pero admitirlo no debo.
PEDRAR. Tampoco debe, mancebo
tener deudas un Pedrarias. (Con impaciencia.)
Pensad lo que os pueda ser
más grato en vuestro sentir.
VASCO. Nada se debe admitir
por salvar á una mujer.
Pero incapaz de engañaros,
rico en lealtad y honradez,

confieso, hiriendo tal vez
vuestros blasones preclaros,
que yo, hidalgo sin caudal,
que en la gloria el norte fija,
idolatro á vuestra hija,

(**Pedrarias retrocede con asombro y María** se cubre el **rostro.**)

y no habrá fuerza mortal
que ahogue de mi amor la llama.
¡Si vencí, no fué portento;
que un hombre vale por ciento,
cuando defiende á su dama! (**Pausa.**)

(**Pedrarias contempla á Vasco y luego á** Doña Isabel **y á su hija.**)

PEDRAR. ¿Qué escucho?
ISABEL. ¡Ay Dios!
MARÍA. ¡Madre mía!
PEDRAR. ¿Qué nueva es esta crüel?
¿Por qué callais, Isabel?
¿Por qué te turbas, María?
¿Por qué no dais un mentís
al que insensato blasona,
y en necio alarde pregona...
ISABEL. Porque es cierto.
PEDRAR. ¿Qué decís?
A solas os pediré (**A Doña Isabel.**)
estrecha y terrible cuenta.
señora, de tal afrenta.
ISABEL. ¡Pedrarias!
MARÍA. ¡Ah!
PEDRAR. (**A Vasco.**) Bien se ve,
que os ciega el orgullo insano
y no menos la locura.
¿Soñábais con tal usura?...
VASCO. Si me ofreciérais su mano
hoy, por ocurrencia rara,
por extraña maravilla,
doblando aquí la rodilla,
¡juro que no la aceptara!
Mal conocéis mi altivez;

mal habéis interpretado
mi confesión, que ha dictado
la conciencia, que es mi juez.
Yo la adoro; mas se estrella (Señalando á María.)
mi amor al pensar así;
ni he de bajarla hasta mí,
ni he de elevarme por ella.
Parto pues, y lejos voy;
no volveré, lo aseguro,
mientras que pobre y oscuro
siga siendo lo que soy.
Mas si gran renombre gano
y riquezas atesoro,
no olvidéis que yo la adoro
y he de volver por su mano.

PEDRAR. Sueños de mente altanera
ó engaños; claro es colija
viéndoos cerca de mi hija...

VASCO. Hoy vine por vez primera.

PEDRAR. ¡Primera cita!

VASCO. Señor,
no es cierto; cuando acudí,
socorro gritar oí.

PEDRAR. ¿Y lo afirmáis?

VASCO. ¡Por mi honor!

PEDRAR. Marchad, y que el cielo extreme (Con agrado.)
para con vos sus bondades;
pero temed si tornades.

VASCO. ¡Vasco Nuñez nada teme!

PEDRAR. ¡Nuñez! (me asalta el rubor
cuando escucho este apellido!
Siempre me acuerda al que ha sido
sin venganza mi ofensor.
No hay vez que no me corroa
el alma. ¡De furia bramo!)
¿Es vuestro nombre?...

VASCO. Me llamo
Vasco Nuñez de Balboa.

PEDRAR. ¡Qué escucho? ¡Por Lucifer!! (Fuera de sí.)
¡De Extremadura, de fijo!!!

VASCO. ¡Es verdad!

PEDRAR. ¡Eres su hijo!
¡Muere!
(Se arroja sobre él con la daga, y antes de herir se detiene y retrocede.)

ISABEL. MARÍA. } ¡Ah! (Con grito de espanto.)

PEDRAR. ¡Qué iba yo á hacer!
(Doña Isabel y María se interponen entre Pedrarias y Vasco.)

MARÍA. ¡Padre!

ISABEL. Señor, advertid...
de ingratitud un abismo...

PEDRAR. ¡Ya le he pagado ahora mismo
no matándolo!—¡Salid!

VASCO. Antes decidme cual es...

PEDRAR. ¡Nunca! en vano preguntáras;
¡sólo sí, cuando te halláras
espirante y á mis piés!

VASCO. Inocente á vuestro agravio...

ISABEL. En noble olvido confío.

MARÍA. ¡Perdonadle, padre mío!

PEDRAR. ¡Oh! sellad el torpe labio
capaz de tanta vileza!

VASCO. Amor me dará firmeza.
¡Adios, María!

PEDRAR. ¡Villano!

VASCO. ¡Juro conseguir tu mano! (Con fiera energía.)

PEDRAR. ¡Y yo cortar tu cabeza! (Idem.)

(María se arroja en brazos de Doña Isabel, y Vasco váse.)

FIN DEL PRÓLOGO.

# ACTO PRIMERO.

---

## SANTA MARÍA LA ANTIGUA DEL DARIÉN.

*El teatro representa una gran plaza ó llanura, cuyo fondo termina en altos montes, y al pié de ellos una población que figurará ser la colonia del Darién.—A la derecha del actor se extenderá el caserío, quedando en primera línea la morada más grande, que arbolará el pabellón de España.—Por la izquierda se supone la orilla del mar.—Algunas palmeras y otras plantas tropicales se colocarán de modo que no embaracen el escenario.—El telón de foro debe quedar lo más lejos posible, para que el escenario tenga mucha longitud.—Al levantarse el telón aparece ocupada la escena con los siguientes grupos: En primer término, á la derecha, Arbolancha y Argüello sentados y comiendo en una mesa rústica.—A la izquierda Robledo y Orduño limpiando sus petos y armaduras colgadas de un árbol.—En segundo término, y cerca del centro, varios soldados jugando á los dados, sobre un tambor; hacia el fondo otros haciendo el rancho.—Algunas parejas pasearán como en conversación á lo largo de la escena, y tres ó cuatro indias acudirán de uno á otro punto suponiéndose llamadas. Otras estarán al pié de los árboles haciendo tejidos de paja. En lo alto de un monte (accesible) habrá un centinela.—Utensilios de labranza que se vean con profusión.*

## ESCENA PRIMERA.

**ARBOLANCHA, ARGÜELLO, ROBLEDO, ORDUÑO,** soldados, indias, etc.

ROBLED. ¡Nuestras armas se enmohecen!
ORDUÑO. ¡Quén lo dijera, Robledo!
ROBLED. Sí, ¡quién dijera que Orduño

trocaría largo tiempo
el arcabúz por la azada!

ORDUÑO. Ya somos cuasi labriegos.

ROBLED. ¡Bien hayan estos ribazos
y quien nos trujo!

ORDUÑO. Lo mesmo
digo yo, porque en Castilla
jamás conseguido hubiéramos
tal cosecha de doblones. (Golpeándose el bolsillo.)

ROBLED. Amén de los que alcancemos
cuando el señor Vasco Nuñez
regrese.

ORDUÑO. Mas ¡por San Pedro!
que tarda el gobernador
y es de temer...

ROBLED. Nada temo.

ORDUÑO. Pero salió de la Antigua,
há cuatro meses y medio.

ROBLED. La expedición era larga.

ORDUÑO. Y también de mucho riesgo.

ROBLED. Cosa de diez cintarazos
repartidos con despejo
entre los indios salvajes
que el paso estorben.

ORDUÑO. Es cierto.

(Siguen hablando y limpiando sus armas.)

ARBOL. Bravamente hemos comido,
gracias al Dios de los buenos.

ARGÜE. Lástima que el agua clara
sustituya al vino añejo.

ARBOL. Tanto monta.

ARGÜE. ¿Qué?

ARBOL. Sin duda;
es más sano.

ARGÜE. Lo concedo.
Arbolancha, no digáis
que asáz de todo me quejo.
Sabéis que de mercader
calzo más que de guerrero;
que me embarqué con Enciso

ganoso de lucro.

ARBOL. Y creo
que si Enciso no se marcha
os perdéis.

ARGÜE. Más quiso el cielo
que se hallase en Darién
por tan terrible momento
el valiente Vasco Nuñez,
que de simple aventurero
pasó por sus mil hazañas
á ser el caudillo nuestro.

ARBOL. Desde entonces ¡voto á bríos!
la colonia es un portento
de bienestar y abundancia;
si no, recordad, Argüello,
las mil pasadas angustias,
las discordias y atropellos
y el hambre y las correrías
sin fruto por el desierto.
Cercados de fieros indios,
en lucha abierta con ellos,
hubiéramos á la larga
sucumbido.

ARGÜE. Sin remedio.

ARBOL. Pero aparece Balboa.
¿Quién es él? no lo sabemos.
¿De dónde viene? tampoco.
Todo asemeja un misterio.
Sus fuerzas son tan hercúleas,
y es en las armas tan diestro,
que juntos vence á Pizarro
y á Bernardino Cienfuegos.
El gladiador se le llama,
y con justicia por cierto.
Nadie le iguala, con mucho,
y se sabe como el credo
que es su lanza la más fuerte,
que es su tiro el más certero,
y aún su lebrel de batalla
es el mejor de los perros.

ARGÜE. Es verdad cuanto decís.
ARBOL. Pues bien, recordadlo, Argüello,
como caudillo prudente
con las riendas del gobierno;
siempre activo y vigilante,
franco, tenaz, justiciero,
dulce, afable, buen amigo,
el más sabio en el consejo,
el primero en los trabajos
y en el peligro el primero.
*Magnánimo y generoso,
*yo lo he visto socorriendo
*al último de sus hombres
*como á un hijo: en los encuentros,
*en las jornadas muy largas,
*si alguno daba en el suelo
*cansado ó desfallecido,
*él lo animaba.
ARGÜE. *Recuerdo
*que con su propia ballesta
*buscaba caza al hambriento,
*en vez de darse al descanso.
*¡Qué abnegación! ¡Es de acero!
ARBOL. Antes crueles enemigos
eran los indios, y hoy vemos
que son nuestros tributarios,
gracias al noble manejo
y á la bondad y cordura
de Vasco Nuñez.
ARGÜE. Yo creo
que aprisiona á los caciques
en las redes del afecto,
según nos prestan ayuda
y nos aman.
ARBOL. ¡Por San Pedro
que bien le habían ayudado
en esos descubrimientos
para los cuales partió
con la flor de nuestro ejército,
dejando en mis torpes manos

del Darïen el gobierno!

ARGÜE. Ninguna elección tan sabia
hiciera.

ARBOL. *Gracias, Argüello.

(Robledo hace seña á una india para que se le acerque.)

ROBLED. *¡Ven acá! (¡que esta salvaje
*me tenga sorbido el seso!)

(Al acercarse la india, Orduño deja también de limpiar y acude á ella.—Queda colocada entre los dos y cada uno le habla á una oreja.—Ella hace á todo signos afirmativos. Robledo saca un espejito y Orduño unas cuentas de vidrio. Ambos le ofrecen sus regalos, pero sin que aparenten rivalidad y sin darse por advertidos de que los dos pretenden á la vez.)

ARGÜE. *¿Y no tenéis, Arbolancha,
*noticias de su regreso?

ARBOL. *Aún no; pero estoy seguro,
*volverá de triunfos lleno. (Siguen hablando.)

ROBLED. (A la india.) *¿Te place, dí? (Entregándole los regalos.)

ORDUÑO. *¿Te contenta?
*(Me trastornan el cerebro
*estas mujeres cobrizas.)

ROBLED. *Si el capitán fuera ciego...

(Robledo y Orduño miran atrás y á un tiempo abrazan á la india; pero ésta escapa agachándose y riendo, quedando abrazados los dos soldados, y al reparar en ello se empujan mútuamente.)

ORDUÑO. *Apártate ¡voto á sanes!

ROBLED. *¡Contigo cargue el infierno!

CENT. (Desde el monte.) ¡Alerta! que gente armada
sube del monte el repecho.

(Suena un tiro lo más lejos posible del escenario.)

ARBOL. ¡Es el aviso!

ARGÜE. ¡Ellos son!

CENT. ¡El general!

ARBOL. ¡Son los nuestros!

(Se oyen clarines y tambores.—Los del escenario demuestran mucha alegría y todos retiran sus enseres. En lo alto del monte aparecen Vasco Nuñez y sus tropas que descienden batiendo tambores y con banderas desplegadas.—Los de abajo y los de arriba se saludan con los sombreros y las espadas, y sin romper la formación avanzan hasta el centro del escenario.—Vasco Nuñez en primer término, y Pizarro, Botello, Cienfuegos á su lado; Arbolancha y Argüello con

**muchos soldados también en primer término, y á derecha é izquierda, dejando en el centro á los recién llegados.**

**Todos los soldados de Vasco Nuñez traen coseletes, y armados, unos de arcabuces y otros de ballestas ó lanzas.—Los vestidos un tanto ajados y barbas crecidas.—Detrás de la tropa bajarán varias indias con presentes de oro y perlas.**

**Arbolancha forma á la cabeza de la guardia, y al llegar Vasco Nuñez, dan un golpe con las alabardas.)**

## ESCENA II.

**DICHOS y VASCO NUÑEZ, PIZARRO, CIENFUEGOS, varios capitanes, soldados, indios é indias.**

VASCO. ¡Hénos aquí, los que con pecho osado
del Darïen dejamos la ribera
llevando de Castilla el estandarte
al viento desplegado,
para enclavarlo, donde verle altivo,
pasmo y admiración del mundo fuera!
Fácil camino nos llevó primero
desde el puerto de Cáreta al de Ponca;
de Torecha después, cacique fiero,
las huestes derrotamos
en desigual pelea;
y del rico dominio su despojo
nos hizo sospechar mejor preséa
detrás de unas montañas, que escalamos
con firme planta y varonil arrojo.
Mas su alta cumbre que las nubes toca,
siempre lejos se ve; penosa marcha
de contínua ascensión por monte estéril
de espeso lodo, de pelada roca
ó de frígida escarcha,
pronto gasta el caudal de nuestro brío,
y del hambre y la sed todos esclavos
la materia ruïn un hora impera
negándose á escalar mayor altura...
y dejando ¡oh baldón, crimen impío!
¡enterrada en el cieno la bandera!
¿Es este el lauro que al venir soñásteis?
¡Maldito el que se rinde en la jornada,

pues si muerto no está, manchó su espada!
Dije: y entonces de rubor cubiertos,
responden señalándome la cumbre...
«¡Llegaremos allí vivos ó muertos!»
Y continuó la marcha
arrastrándose muchos lentamente,
algunos de rodillas caminando
por la áspera pendiente;
siendo alimento de los más felices
las yerbas y raíces!
Por fin llegamos á la cumbre ansiada,
y en ferviente oración caigo de hinojos,
hallando desplegado ante mis ojos
en cuanto abarca absorta la mirada,
¡Un nuevo mundo que á mis plantas brilla,
y estático contemplo!
¡Un nuevo mundo que en el mar se baña!
Y allí, con majestad que maravilla,
de dominio en señal, allí tremola
sobre el picacho azul de la montaña,
soberbia, prepotente, altiva... y sola,
¡la bandera triunfante de Castilla!

TODOS. ¡Que viva Vasco Nuñez!

VASCO Y TODOS. ¡Viva España!

(Se agrupan todos al rededor de Vasco Nuñez oyéndole con el mayor interés.)

VASCO. *Alegres descendimos
*hacia aquella región, cuyas florestas
*de abundante y valiosa especería,
*surcan riachuelos mil que el oro arrastran,
*sobre el cercano mar, que perlas cría!
*¿Quién mide la riqueza
*del que vemos confuso continente
*perderse entre la bruma
*al norte por igual que al mediodía?
*Y el virgen Occéano
*que sin límites toca el Occidente,
*¿á dónde llevará sobre sus ondas
*de mi patria el imperio soberano?

*¡Oh mar, que ciego adoro!
*Si tan árdua conquista te enamora,
*manso conduce siempre á tus confines
(Arrebata á un alférez la bandera y dice desplegándola.)
*¡la enseña triunfadora,
*única que hasta aquí llegara ufana,
*única que en el orbe resplandece
*y en sus pliegues alberga la victoria;
*la que tu lauro hermana
*en riqueza y poder, valor y gloria!

(Los capitanes y soldados, prorrumpen en bravos y vítores, y Vasco Nuñez se vuelve hacia ellos y les saluda con la espada, contestándole todos con un golpe en el suelo de arcabuz ó de alabarda; en seguida rompiendo filas se mezclan unos con otros, abrazándose y hablando con calor. Esta escena debe parecer lo más natural posible. Vasco Nuñez abraza á Arbolancha y Argüello á Pizarro.)

ARBOL. Os doy mi parabien.
ARGÜEL. Brava jornada,
PIZAR. Precursora la juzgo de otras ciento.
CIENF. (A Vasco.) ¿Qué ordenáis del botin?
VASCO. Que lo conduzcan
del fuerte al interior, y allí el reparto
después haremos, separando el quinto
para la real corona.
CIENF. Irá al momento. (Saluda y vase.)

(Vasco Nuñez y Arbolancha se retiran á la izquierda y Pizarro y Argüello sobre la derecha; los soldados y el pueblo abren paso por en medio á los indios ó indias que pasan cargados de oro unos, otros con mantas de colores, hamacas, etc., y escoltados por algunos soldados. Todos entrarán en la casa fuerte pasando por delante de Vasco Nuñez.)

ÁRBOL. ¡Vértigos causa mirar
reunida tanta riqueza!
ARGÜEL. (A Pizarro.) Famosa cosecha ha sido.
PIZAR. Ya probaréis la cosecha,
dulce y picante...
ARGÜEL. ¡Eh! (Con extrañeza.)
PIZAR. Las indias
digo.
ARGÜEL. ¡Yo digo las perlas!
VASCO. ¿Qué nuevas tenéis de España?

ARBOL. No las tuve en vuestra ausencia.
VASCO. ¿Y de don Diego?
(Alude á Diego Colón, gobernador de la Española.)
ARBOL. Tampoco.
Pero debo daros cuenta
de dos reos que convictos
de homicidio, sólo esperan
vuestro fallo.
VASCO. Bien, que al punto
los traigan á mi presencia.
(Arbolancha trasmite la indicación á Argüello y éste entra en la casa, saliendo á poco seguido de dos soldados con grilletes en las manos.)
¿Ya terminaron sus causas?
ARBOL. Sí.
VASCO. ¿Qué arrojan?
ARBOL. Sombras negras.
(Los dos reos son conducidos delante de Vasco Nuñez. El primero aparece en actitud medrosa. Grijalba altanero y digno.)
ARBOL. (Señalando al primero.) Este, que Murcio se llama,
á una mujer sin defensa,
por quitarle de su brazo
una argolla de oro estrecha,
cortóle con saña horrible
la mano por la muñeca,
y desangrada murió.
MURCIO. ¡Piedad!
PIZAR. ¡Infame!
VASCO. ¡Que muera!
Cúmplase la justa ley.
No hay piedad para una hiena.
(Los soldados se llevan á Murcio casi á empellones.)
ARBOL. (Por Grijalba.) Este es Grijalba, soldado
que dejó sin vida en tierra
á un hombre que os defendía
de sus calumnias arteras.
VASCO. ¿Cómo así?
ARBOL. Porque de Enciso
fué Grijalba mano diestra,
y os llama el usurpador

y os insulta con voz recia.

VASCO. ¿Es esto verdad?

GRIJ. Lo es.

ARBOL. ¡Vive Dios!

VASCO. (¡Brava respuesta!)
¿Fuísteis soldado de Enciso?

GRIJ. A él solo juré obediencia.

VASCO. ¿Por qué matásteis á un hombre?

GRIJ. Cruzóme el rostro, y la afrenta
vengué.

VASCO. ¿Cara á cara? (Preguntando á Arbolancha.)

ARBOL. (A Vasco.) Sí.

VASCO. Bendiga su buena estrella
mi enemigo el buen Grijalba.

GRIJ. ¿Por qué, señor?

VASCO. Porque es fuerza
que ganéis cincuenta doblas
combatiendo en estas tierras
para los hijos del muerto.

GRIJ. Es muy justa la sentencia.

ARBOL. ¿Y después?

VASCO. (A Arbolancha.) Después, de Enciso
podrá seguir tras la huella.

GRIJ. ¡Y perdonáis mis agravios! (Con profundo asombro.)

VASCO. ¡Presumes que me divierta
hacer rodar por el polvo
tu ensangrentada cabeza!

GRIJ. ¡Gracias, señor!

VASCO. Quedas libre.

GRIJ. ¡Vuestro soy! (Inclinándose con emoción.)

VASCO. Paga tu deuda.

(Grijalba se mezcla con los otros soldados que dan muestras de aprobación á lo dicho por Vasco; éste se dirige á la india Cáreta y le hace señas para que se aproxime.—Entre tanto Pizarro le dice á Argüello:)

PIZAR. En ganar los corazones
no ha nacido quien le venza.

ARGÜEL. Bien merece nuestro afecto.

(Vasco Nuñez va despojándose de sus armas ayudado por la india.)

VASCO. ~~Ayuda y ven~~, hermosa Cáreta,
ven y ayuda

á quitarme el coselete
y estas armas, que me pesan
para manejar la azada,
de la paz rica presea.

ORDUÑO. (Desde el monte.)
¡Alerta!

VASCO. ¿Qué dirá?

ORDUÑO. Doblan el cabo
dos bajeles que en viento se aproximan.

ARBOL. ¡Serán de la Española!

(Pizarro corre hacia el monte y contesta á Vasco en vez del centinela, cuando llegue á lo alto.)

VASCO. ¿Y de Diego Colón el Almirante
bandera blanca arbola con cruz verde?

PIZAR. La enseña que tremola,
es del rey de Aragón y de Castilla.

ARBOL. ¡El refuerzo que llega; bien nos cuadra!

(Vasco Nuñez y capitanes se dirigen hacia el monte con ánimo de subir.—Pizarro les contiene con una señal.)

PIZAR. No subáis, que se acercan á la orilla;
pero dos naves no, sino una escuadra.

(Vasco Nuñez demuestra grande agitación y sobresalto.—Los demás mucho interés.)

VASCO. ¿Cuántas naves? Contad.

PIZAR. Pasan de siete,
y muchas más asoman tras el cabo.

ARBOL. ¡Miradlas desde aquí! (Mirando por la izquierda.)

ARGÜEL. ¡Vedlas!

(Los soldados también miran hacia la izquierda y hablan y gesticulan, mostrando ansiedad.)

VASCO. (Idem con desaliento.) (¡Dios mío!)

ARBOL. Una dió fondo ya cerca del río.

PIZAR. Un esquife tripulan brevemente,
y en él se embarca un hombre
que sin duda ha de ser un mensajero.

VASCO. Arbolancha, bajad hasta la playa;
la bienvenida dadles en mi nombre,
y decidles que amigo los espero
y alegre los saludo con mi gente.

(Arbolancha váse por la izquierda seguido de algunos soldados como escolta.—Pizarro desciende del monte y se acerca á Vasco Nuñez.)

## ESCENA III.

DICHOS menos ARBOLANCHA.

PIZAR. ¡Poderosa es la armada! (Con ira y despecho.)
CIENF. ¡Demasiado tal vez! (Idem.)
ARGÜEL. ¡Algo de triste
me anuncia su llegada!
VASCO. (¿Por qué mi vuelo abates, patria mia,
y arrancas de mi mano
la corona de gloria que tejía
con arrojo y esfuerzo sobre humano
para la frente pura de María?) (Queda abatido.)
ARGÜEL. (A Pizarro.)
¡Vasco Nuñez también sospecha y teme!
PIZAR. ¡Ira de Dios!
VASCO. (A Pizarro.) ¿Qué dices?
PIZAR. (A Vasco con marcada intención.) Que mi espada
para herir, vuestras órdenes espera!
VASCO. Gracias, Pizarro.
CIENF. (Idem.) ¡Que la vida os debo
no olvideis!
ARGÜEL. (Idem con arranque.) ¡No olvidéis mi fé jurada!
VASCO. ¡Yo no olvido á mi vez que esa bandera
(Refiriéndose á la que arbola la escuadra.)
es del rey mi señor, y cual vosotros
mi jurada lealtad hoy le renuevo!
(Con nobleza y severidad.)
(Los tres capitanes se inclinan en silencio y forman grupo aparte.—Vasco Nuñez se muestra ensimismado.—El pueblo bullicioso habla en corrillos y parte de él habrá ido hacia la playa.)
ARGÜEL. ¡Quiera Dios que le paguen dignamente!
PIZAR. ¡Quiera Dios que esas naves numerosas
no traigan á su bordo
la ruina de Darïen!
ARGÜEL. ¿Y quién lo extraña?
PIZAR. Fácil fuera evitar el desembarco.
CIENF. Las playas son extensas y arenosas...

ARGÜEL. Guarnecida de gente la montaña...
(Pizarro se vuelve bruscamente á Vasco Nuñez y le dice con energía.)
PIZAR. ¡Vasco Nuñez!
VASCO. (Estremeciéndose.) (¡Aún más!)
PIZAR. ¿No comprendéis
que vuestra excelsa gloria hora se trunca?
VASCO. Sí. (Con firmeza.)
PIZAR. ¡Hablad una palabra!
VASCO. ¡Pizarro!...
PIZAR. ¡Por favor, decidla!
VASCO. (Con imponente dignidad.) ¡Nunca!
(Los capitanes inclinan la cabeza sobre el pecho. Entran por la izquierda Arbolancha y soldados que escoltan á Juan de Ayora. Este se presentará brillantemente vestido y armado.)

## ESCENA IV.

DICHOS, ARBOLANCHA, JUAN DE AYORA.

ROBLED. Ya llega el mensajero.
ARBOL. (Desde dentro.) Abridnos paso.
(Pizarro, Argüello y Cienfuegos se colocan á espaldas de Vasco Nuñez que ocupa la derecha.—Arbolancha y la escolta forman á la izquierda.—El pueblo se agrupa en el fondo.—Juan de Ayora se adelanta hacia Vasco con sombrero ó gorra en mano.—Este le imita, y ambos se saludan.)
AYORA. Saludo á Vuesarced.
VASCO. Sed bien venido. (Se cubren.)
AYORA. Me llamo Juan de Ayora,
y soy lugar teniente
del jefe de esa armada, quien me envia
á vos, para que afirme
que por su alteza real nombrado ha sido
Capitán General de Tierra-firme.
(El pueblo levanta un murmullo de protesta que Vasco apacigua con un gesto.)
AYORA. Os ruego me digáis
si cual vasallo fiel acataréis
la regia voluntad.
VASCO. Decid primero

donde, en varias ocasiones,
de las ganadas regiones
escribí relatos fieles.
Llevad de perlas y oro
gran cantidad...

ARBOL. ¡Buen testigo!

VASCO. De que es cierto cuanto digo (Señalando las cartas.)
déles razón un tesoro.

ARBOL. ¿Y en la corte esta riqueza
dará fin á su viaje?

VASCO. ¡La ofrecéis en homenaje,
con mis cartas, á Su Alteza!

ARBOL. ¡Bravo, por Dios!

VASCO. Redactad
la orden, y elegid galera.

ARBOL. Prefiero la más velera.

VASCO. Que no tardéis. (Abrazándolo.)

ARBOL. Descuidad. (Idem.)

(Arbolancha llama á algunos soldados y entra con ellos en la casa-fuerte.—El pueblo mira hacia la izquierda y señala la llegada de gente por ese lado.)

PIZAR. ¡Ya desembarcan!

CIENF. ¡Y son
arrogantes, á fé mía!

ARGÜEL. ¡Cuál brilla la sedería,
y el brocado y el galón!

CIENF. ¡Qué bruñidas armaduras!

ARGÜEL. ¡Cuánto oropel!

CIENF. ¡Pompa vana!

PIZAR. Vestimenta soberana
para charcos y espesuras.

ARGÜEL. ¿Y el general?

PIZAR. ¡Debe ser
el que lleva de la mano
á una mujer!

ARGÜEL. ¿Ese anciano?
¡Qué fortuna!

(Vasco Nuñez corre hacia la izquierda y mira con afán.)

VASCO. ¡Una mujer!
Sí, con Pedrarias la veo,

¡doña Isabel! ¡Ella misma!
¡En qué tinieblas se abisma
mi razón! Mas no, no creo
que sola esté, ¿la acompaña (Mira con ansiedad.)
María? ¡Y en vano miro!...
¡Si hora de afán no deliro,
será mi mayor hazaña!

(Vasco Nuñez hace un esfuerzo supremo para reprimirse, y continúa con voz entera y tranquila.)

El nuevo gobernador
llega, formad en revista.

PIZAR. ¡El fin de toda conquista
se anuncia; bate, tambor!

(El tambor toca llamada y todos acuden á formar á la derecha.—Los capitanes quedarán en primera fila.—Vasco Nuñez en medio del escenario.—Por la izquierda saldrán en primer término, Pedrarias conduciendo á doña Isabel de la mano, y al otro lado el Obispo.—Le acompañan Alonso de la Puente, Gaspar de Espinosa y Juan de Ayora, y en segundo término muchos caballeros, capitanes y soldados brillantemente vestidos.—Los soldados de Pedrarias, ocuparán en varias filas toda la izquierda del escenario, debiendo ser todo lo más numerosos posible.)

## ESCENA VI.

DICHOS y PEDRARIAS, DOÑA ISABEL, ALONSO DE LA PUENTE, JUAN DE AYORA, GASPAR ESPINOSA, OBISPO QUEVEDO, capitanes, soldados, etc.

(Al entrar en escena Pedrarias se descubre y los Capitanes le imitan.—Vasco Nuñez saluda profundamente y acude á besar la mano á Doña Isabel.—Después se cubren todos.)

PEDRAR. Guárdeos Dios.
VASCO. Gracias le doy
por vuestra feliz llegada.
Permitid...
(Besa la mano á doña Isabel.)
PEDRAR. (Pasmado estoy
de su humildad.)
VASCO. Desde hoy,
don Pedro, juzgo colmada

la venturosa existencia
de esta colonia naciente,
que saluda la presencia
de la virtud y la ciencia
bajo su techo.

PEDRAR. Hondamente
vuestra bondad nos obliga.
(Forzoso es fingir.)

VASCO. Espero
me anunciéis...

PEDRAR. Leed primero.

(Entregándole un pliego enrollado, que Vasco rehusa tomar.)

VASCO. La fé ciega no investiga.
Ordenad.

PEDRAR. Mas...

VASCO. Lo prefiero.

PEDRAR. Como gustéis.

ISABEL. (¡Cuán honrado!)

PEDRAR. Vengo por el Rey nombrado
Gobernador del Darïen
y su comarca.

VASCO. Muy bien.
Seréis al punto aclamado.
Pero á la verdad me extraña
que admitiérais tal pobreza
para vos.

PEDRAR. ¡Culpad á España
y á quien infame la engaña
mintiendo lauro y riqueza!
(¿Qué plan su mente fraguó?)
Cierto; es pobre y baladí...
(Mirando á su alrededor.)

VASCO. Lo que el Rey os diera... sí;
mas lo que os voy á dar yo
digno es de vos y de mí.

PEDRAR. (¡Qué sonrojo!)

VASCO. ¡Yo también,
creyendo humilde mi mando,
partí desde Darïen,

y esos montes que ahí se ven
pude cruzar guerreando
hasta hallar la opüesta falda;
y hoy oculto con misterio
á Castilla una guirnalda,
una corona, un imperio,
de Darïen á la espalda!

FEDRAR. ¡Qué decis!

ISABEL. (¡Gran corazón!)

VASCO. El rey de cada comarca
oro manda en donación,
pues todos vasallos son
del castellano monarca.

AYORA. ¡Oro!

ESPIN. ¿Es cierto?

PEDRAR. (¡Fiera saña
me ciega!)

VASCO. Mas, ¿qué os extraña,
si inagotable tesoro
siembra de perlas y oro
las rocas y la montaña!

AYORA. ¡Qué conquista!

ESPIN. ¡Qué portento!

OBISPO. ¡Merecéis eterna loa!

PUENTE. Os felicito... (y presiento
tu fin cercano.) (Con reconcentrada ira.)

VASCO. (Con extrañeza y asombro fijándose en su voz.)
(¡Ese acento!)

ISABEL. ¡Grande os hicísteis, Balboa!

PEDRAR. ¿Qué limita el rico estado? (Con ironía.)

VASCO. ¡El mar del Sur dilatado,
el mar de ignotos umbrales,
el camino desëado
de las Indias Orientales!

(Los soldados de Pedrarias dejan oir un murmullo de entusiasmo y hablan entre sí.)

PEDRAR. (¡Sostengo terrible lid!)

VASCO. Ahora, señor, que el trasunto
de todo os hice, advertid

cuándo lo queréis.

PEDRAR. ¡Al punto!

PUENTE. (¡Ya respiro!)

VASCO. ¡Oid! ¡oid

(Volviéndose á los suyos y elevando la voz.)

los que presentes estén!
Don Pedro de Arias, es ya
Gobernador del Darién,
del mar del Sur, y también
de Coíba y Panamá.
Y en muestra de acatamiento,
de ser fiel en todo evento,
de obediencia á justa ley,
le prestaréis juramento.
¡Que viva el rey!

TODOS. ¡Viva el rey!

(Todos se descubren para dar el grito.)

PUENTE. (Ya ruge la tempestad.)

VASCO. ¡Capitanes, avanzad!

(Pizarro, Argüello, Cienfuegos, Botello y tres oficiales más de Vasco Nuñez se acercan á éste.)

Por el Creador que adoramos,
¿le juráis fidelidad
y obediencia?

LOS CAP. ¡Sí, juramos!

(Contestan á una voz inclinándose y con la mano derecha puesta sobre la espada.)

VASCO. Siendo así, que os premie Dios;
¡pero si no, os lo demande!

ARGÜEL. (¡Mal haya!)

PIZARRO. (¡Voto á bríos!) (Volviendo á su lugar.)

CIENF. (¡Triste duelo!) (Idem.)

ARGÜEL. (Un alma grande
perdimos.)

VASCO. ¡Cumplí con vos! (Saludándole.)

PUENTE. (A Pedrarias.) (El momento es oportuno.)

PEDRAR. ¿Y creéis que en vuestra gente
haya alguno inobediente
á mis órdenes?

VASCO. Ninguno.

PEDRAR. ¿Todos?...
VASCO. Bajarán la frente.
PEDRAR. Mucho ofrecéis.
VASCO. No me engaño.
PEDRAR. ¿Puedo probar su heroismo?...
VASCO. Descendieran á un abismo
siempre fieles.
PEDRAR. Fuera extraño...
VASCO. Probadlo, pues.
PEDRAR. Ahora mismo.
Para formaros proceso,
por mandato de su alteza,
¡Vasco Nuñez, daos preso!

(Al oir esta orden, el bando de Vasco Nuñez lanza un grito de indignación y aprestan sus armas en ademán de atacar avanzando un paso.—Los de Pedrarias también se disponen á la defensa.)

PIZAR. ¡Nunca! (Desenvainando la espada.)
CIENF. ¡Traición! (Idem.)
ORDUÑO. ¡Qué vileza! (Idem.)
ARGÜEL. ¡Atrás!
ISABEL. (¿Perdísteis el seso?)

(Abrazándose á Pedrarias.—El Obispo se interpone entre los dos bandos procurando apaciguarlos.)

OBISPO. ¡En nombre de Dios clemente
evitad horrible estrago!
PEDRAR. (No me engañé.)
PUENTE. (¡Golpe en vago!)
VASCO. (A los suyos.) ¡Envainad!
PEDRAR. Donosamente
corresponde vuestra gente
á la prueba que les hago.
De su lealtad hacia mí
hicísteis tan ciego alarde,
que en justo cambio creí
deber mostraros así
vuestro engaño no muy tarde.
Si como fingida fué
vuestra prisión...
VASCO. ¿Fué fingida? (Con desconfianza.)

PEDRAR. ¡Sí; mas, de ser verdadera,
negadme que en lid reñida
no hubieran dado su vida
(Señalando los soldados de Vasco.)
combatiendo mi bandera!
Por suerte, perdón y olvido
debo otorgar, que os abona
para ser tan defendido
lo que habéis enriquecido
de Castilla la corona.
¡No con injusta prisión (Con voz alta y firme.)
os amenaza mi ley,
antes bien, plácemes son
lo que os traigo en galardón
por vuestros hechos, del rey!
(Estrecha á Vasco ambas manos.)

VASCO. ¡Así mi ventura toco!
(El Obispo y capitanes de Pedrarias se acercan á los de Vasco y fraternizan con ellos.—Hasta el final del acto formarán grupo aparte, en primer término, Pedrarias, Vasco, Doña Isabel y Puente.—Los demás no se aperciben de lo que estos hablan.)

OBISPO. ¡Somos hermanos!

ARGÜEL. (Yo dudo.)

ISABEL. (¡Le engaña!) (Con tristeza y dolor.)

PEDRAR. (¡Mancebo loco!)

VASCO. Señora, no logré poco
con vuestro amor por escudo.

ISABEL. ¡Ojalá!

PEDRAR. Es evidente, (Con refinada ironía.)
y así dejad que os presente
por vuestro amigo mejor
al tesorero mayor
Don Alonso de la Puente.

VASCO. Gracias (no se qué colija).

PUENTE. Me complace y regocija...
(Acercándose y saludando.)

VASCO. ¡Esa voz, ese talante!...
(Con agitación y asombro, creyendo reconocerlo.)

PEDRAR. ¡Pronto será, Dios mediante,
el esposo de mi hija!

VASCO. ¡El, decís? la prueba adquiero;
no, no me engaño!...

PUENTE. (¡Oh furor!)

VASCO. ¡Preguntad al tesorero
si ha recogido el acero
con que atentó á vuestro honor!

PEDRAR. ¡Qué escucho!

PUENTE. ¡Calumnia audaz!

ISABEL. ¡Jesús!

VASCO. ¡Preguntadle donde
desde aquella noche esconde
la escala y el antifaz!

**(Puente queda anonadado, Pedrarias atónito y Doña Isabel muy conmovida. Toma de la mano á Vasco Nuñez y se dirige á la casa como huyendo de Puente.)**

ISABEL. ¡Ah!

PEDRAR. ¡Cielos!

PUENTE. (¡Estoy perdido!)

VASCO. Señores...

**(Reprimiendo su indignación é instando al Obispo, caballeros y capitanes para que le sigan á la casa.—Estos atienden su indicación.)**

PEDRAR. (¡Terrible ha sido
mi sonrojo!)

ISABEL. ¡Ese malvado!

**(Mirando á Puente con desprecio y entra en la casa con Vasco Nuñez.)**

PUENTE. ¡Segunda vez me ha vencido!

**(Aparte. Con reconcentrado furor.)**

PEDRAR. ¡Segunda vez me ha humillado! **(Idem.)**

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

---

*Gran salón amueblado sin unidad de época; falto de alfombras y colgaduras.—Dos puertas á cada lado, y en el fondo un balcón corrido de balaustrada, con intercolumnios ojivales. Las paredes cubiertas con trofeos y panoplias.—A la derecha del espectador las habitaciones de Pedrarias.—Las puertas de la izquierda son las de entrada pública.—A la derecha una mesa con tapiz de terciopelo rojo y galonado y un gran sillón.*

## ESCENA I.

PEDRARIAS, DOÑA ISABEL.

ISABEL. En vano mi amor te implora,
que ciego estás.
PEDRAR. No estoy ciego;
mas desoigo vuestro ruego
porque me ofende, señora.
ISABEL. ¡Pedrarias! (Con dulzura.)
PEDRAR. Me ofende, sí,
que supongas soy tan necio.
ISABEL. Pero Alonso...
PEDRAR. Lo desprecio.
ISABEL. ¿Y tu perdón?...
PEDRAR. Lo fingí.
ISABEL. ¡Ah!
PEDRAR. ¿Crees que á mi experiencia
engañó su juramento,
ó que logró con un cuento
demostrarme su inocencia?
De Vasco al ultraje audaz
él quedó mudo, aturdido,

medroso, como el bandido
que se ve sin antifaz;
aunque lo negó después,
aunque osado al reto acuda,
¡fué el villano! ¿quién lo duda?

ISABEL. ¿Y es posible, si esto crees,
que en complacerle te afanes
como deudo y como amigo?

PEDRAR. Mientras le llega el castigo,
así conviene á mis planes.

ISABEL. ¿Tus planes? ¡ah! con dolor
los presumo...

PEDRAR. ¡Basta!

ISABEL. Pero,
(Con dulzura y suplicante.)
mira que es mal consejero
el extremado rencor.
Vasco Nuñez...

PEDRAR. ¡Sella el labio!

ISABEL. Siempre tus iras provoca...

PEDRAR. Porque ese nombre en tu boca...

ISABEL. ¡Es gratitud!

PEDRAR. ¡Es agravio! (Ligera pausa.)
Esta tarde va á partir
el obispo, ¿lo sabéis?

ISABEL. A España, sí.

PEDRAR. ¿Y no tenéis
una carta que escribir?

ISABEL. Voy, señor. (Con voz humilde.)

PEDRAR. Díle á María (Con agrado.)
que á tu prima la marquesa
de Moya, le ofrezca esa
espléndida perlería,
como muestra siempre escasa
de lo que aquí agradecemos
el favor que le debemos
por hospedarla en su casa.

(Doña Isabel recoje de encima de la mesa una cesta ó cajita y váse mirándola tristemente.)

## ESCENA II.

PEDRARIAS.

Calla y sufre, pecho altivo,
y agravios mil atesora,
pues ya se acerca la hora
de trocar el verde olivo
por la espada vengadora.
*Se acerca, sí, y aún recelo
*que Vasco gane á su juez:
*¡nunca! no ¡qué insensatez!
*¿pero acaso, ¡vive el cielo!
*no le ha ganado otra vez?
*Al formarle según ley,
*el juicio de residencia,
*¿no pidió como sentencia
*que á Vasco premiara el rey
*por su valor y prudencia?
*¿Y ahora, luchará indeciso?
*¡Imposible! al expediente
*agravan sobradamente
*el atropello de Enciso;
*y el testimonio de Puente.
Fué por su gente elevado
Vasco, audaz aventurero,
al poder, y está acusado
de haber preso y desterrado
á Enciso su jefe... infiero...

(Juan Ayora aparece por la segunda puerta de la izquierda acompañando á Gaspar de Espinosa.)

## ESCENA III.

PEDRARIAS, AYORA, ESPINOSA.

AYORA. (A Espinosa.) Helo allí.
PEDRAR. (¡Usurpador!...)
ESPIN. Gracias. (A Ayora.)
PEDRAR. (Sí, ya no es dudosa...)

¿Quién? (Volviéndose.)

AYORA. Don Gaspar de Espinosa.

PEDRAR. ¡Pase el Alcalde mayor!
Há tiempo...

ESPIN. La mano os beso.

PEDRAR. Vuestra visita esperaba.

ESPIN. Contra mi gusto tardaba.

PEDRAR. ¿Terminásteis el proceso?

ESPIN. Y os lo traigo.
(Entrega un legajo que Pedrarias toma con afán y coloca sobre la mesa sentándose á leerlo.)

PEDRAR. Perdonad. (Lo hojea y lee.)

AYORA. (A Espinosa.) ¿Es grave?

ESPIN. (A Ayora.) Toca en oscuro.
Pero ved...
(Haciéndole observar el apresuramiento de Pedrarias.)

PEDRAR. (A Espinosa.) Sí, yo le auguro
espantosa oscuridad.

ESPIN. (A Ayora.) Odio le tiene profundo.

AYORA. Justificado por suerte.

ESPIN. Y que no caben se advierte,
los dos en el nuevo mundo.

PEDRAR. (Aquí la firma de Enciso...
(Hojeando con rapidez y afanoso.)
y del bachiller Corral;
también Rua... y al final
de Puente el secreto aviso...)

AYORA. Verdad es. (Observando á Pedrarias.)

ESPIN. (Prolijo examen.)

PEDRAR. ¡Cómo es esto! (Con sobresalto y enojo.)

ESPIN. ¿Qué os extraña?

PEDRAR. «Preso Nuñez, para España (Leyendo.)
partir debe.»

ESPIN. Es mi dictamen.

PEDRAR. No lo apruebo, don Gaspar.

ESPIN. ¿Juzgáis la pena süave?

PEDRAR. La juzgo sobrado grave,
y no la debo aprobar.

ESPIN. (¡Qué oigo!)

AYORA. (¡Hola!)

ESPIN. Siendo así,

no prendedle...

PEDRAR. No, no es eso,
quiero á Vasco Nuñez preso,
pero muy cerca de mí.

ESPIN. Acaso fuera imprudente
conservarlo á nuestro lado.

PEDRAR. ¿Qué decís, señor letrado?...

ESPIN. Que es mucha y brava su gente.

PEDRAR. Pues si os consta que ese hombre
con imprudencia notoria
consigue hacer irrisoria
mi autoridad y mi nombre,
¿por qué no reza el escrito (Golpeando el proceso.)
que contra el rey se subleva?

ESPIN. Porque nos falta la prueba,
señor, de tan gran delito.

PEDRAR. ¿Pruebas? las tendréis ahora.
¿Por orden mía formados
están los viejos soldados
del Darïen, Juan de Ayora?

AYORA. Que ocupan la plaza ved
ya dispuestos á partir.

ESPIN. Los he encontrado al venir.

PEDRAR. Bueno: hacedme la merced (A Ayora.)
de darles orden verbal
para que salgan.

AYORA. (Barrunto
su intención.) ¿Y cuándo?

PEDRAR. Al punto,
camino del mar Austral.
(Váse por la segunda izquierda.)

## ESCENA IV.

PEDRARIAS, ESPINOSA.

ESPIN. No comprendo...

PEDRAR. Es bien sencillo,
y prueba tendréis palpable
de que es este el miserable
(Señalando el nombre de Vasco en el legajo.)

que ellos quieren por caudillo.
ESPIN. ¡Crimen y locura fuera!
pero ¿cómo?...
PEDRAR. Salir mando
sin Vasco Nuñez su bando.
ESPIN. ¿Y Vasco?
PEDRAR ¡Alzará bandera!
ESPIN. ¿Capaz de tal atropello
lo juzgáis?
PEDRAR. No juzgo en balde:
testigo será el Alcalde
mayor...

## ESCENA V.

**PEDRARIAS, ESPINOSA, AYORA, ARGÜELLO, CIENFUEGOS y BOTELLO.**

**(Entra Ayora y luego Argüello, Cienfuegos y Botello, vestidos de campaña.)**

AYORA. Hernando de Argüello,
con algunos capitanes,
pide audiencia.
PEDRAR. Se la doy. (A Ayora.)
Atended. (A Espinosa.)
ESPIN. Atento estoy.
PEDRAR. (Ahora realizo mis planes.)
ARGÜEL. Dios guarde á su señoría.
PEDRAR. Ya os escucho.
ARGÜEL. Nuestra gente,
en súplica reverente
aquí, señor, nos envía.
PEDRAR. Y ¿qué dicen?
ARGÜEL. Que el sendero
fácil es por la montaña
si Nuñez nos acompaña.
PEDRAR. ¿De jefe?
ARGÜEL. De aventurero.
PEDRAR. ¿Y si no pudiera ser?

ARGÜEL. Entonces, recelan todos
que vencidos de mil modos
nos harán retroceder.
PEDRAR. Juzgando vano el paseo,
¿por qué emprenderlo, es verdad?
¿Debiera mi autoridad
revocarlo?
ARGÜEL. Así lo creo.
PEDRAR. Mas por suerte desgraciada
á Ñuñez yo necesito;
y aunque me pesa infinito,
haréis sin él la jornada.
Partid, y nada os detenga.
CIENF. Mas ved...
PEDRAR. Inútil porfía.
ARGÜEL. No advierte su señoría...
PEDRAR. Capitán, basta de arenga.
ARGÜEL. Basta; pero el cielo sabe
que si Balboa se queda,
posible es que nos suceda
desgracia ó tropiezo grave.
PEDRAR. ¡Vosotros, temores vanos?...
CIENF. Lo decímos sin sonrojo.
PEDRAR. ¿Así desmiente su arrojo
el tercio de veteranos?
ARGÜEL. Bien forman bellos matices
audacia y prudencia unidas,
en frentes encanecidas
y ornadas de cicatrices.
Mas suene el grito guerrero
y darán en su derrota
de sangre la última gota,
de muerte el golpe postrero.
PEDRAR. Hombres así siempre son
invencibles; ¡salgan, pues!
ARGÜEL. Aún espera...
PEDRAR. ¡Inútil es!
ARGÜEL. Vuestra final decisión. **(Saluda y váse.)**

## ESCENA VI.

PEDRARIAS, AYORA, ESPINOSA.

PEDRAR. ¿Son rebeldes?
ESPIN. Con certeza.
PEDRAR. ¿Basta esa prueba?
ESPIN. De fijo.
PEDRAR. ¿Y qué colegís?
ESPIN. Colijo
que han jugado la cabeza.
PEDRAR. Sí, la han jugado ¡pardiez!
y la han perdido Botello
y Bernardino y Argüello;
pero... ¿y Nuñez, señor juez?
ESPIN. Se hará información activa;
y si resulta probada...
PEDRAR. ¡Rayos! yo haré con la espada
mi justicia ejecutiva.
¡Ayora?
AYORA. Mandad.
PEDRAR. Os mando
que dispongáis diligente
toda nuestra brava gente
para atacar á ese bando
traidor.
AYORA. En ira reboso,
y os obedezco al momento. (Disponiéndose á salir.)
PEDRAR. Ved que con el triunfo cuento.
AYORA. ¡Ah! pero el triunfo... es dudoso.
(Volviéndose sombrío.)
PEDRAR. ¡Dudoso!... triste verdad
que reconozco y me humilla.
¡Y así del rey de Castilla
retrato la majestad?
¡Impotente en mis enojos,
manco y mudo á todo agravio,
lucho y temo, rujo y rabio
con vergüenza hasta en los ojos!

Mas ¿qué dije?

ESPIN. Sólo escucha
vuestra queja, amor sincero.

PEDRAR. Venid, consultaros quiero
cómo acabar esta lucha.

(Váse Pedrarias por la segunda puerta de la derecha, y le siguen Ayora y Espinosa.)

## ESCENA VII.

VASCO NUÑEZ, OBISPO, QUEVEDO.

(Por la primera puerta de la izquierda.)

OBISPO. Insisto en que me dejéis
preparar bien el terreno,
y yo respondo de todo.

VASCO. Milagro fuera...

OBISPO. Concedo
que ofrece dificultades
para lograr un acuerdo
ese paso temerario
del capitán...

VASCO. ¡Pobre Argüello!
No sospecha que su arrojo
es causa de tal extremo.

OBISPO. Más bien culpad á esos hombres
que de odio y envidia ciegos
contra vos ahora proceden.
Yo los juzgué de ligero
antes, y de España vine
tal vez porque quiso el cielo
que en favor de vuestra causa
luchara con ardimiento.

VASCO. Ved que nada os he pedido...

OBISPO. Es que pecáis de soberbio;
mas no importa. Sin consulta
me puse del lado vuestro,
porque mostráis entre todos
más valor y más talento.

VASCO. *Exageráis...

OBISPO. *No, Balboa;
*prueba de que hablo sincero
*es el afan con que aparto
*de vuestra senda los riesgos.
*Cuando Alonso de la Puente
*sin causa os lanzó su reto...

VASCO. *Causa tuvo...

OBISPO. *No la supe.

VASCO. *Antiguo resentimiento.

OBISPO. *Bien: pues si entonces os dije:
*«Sin matarlo hay que vencerlo,»
*fué porque os iba la vida;
*mas seguísteis mi precepto
*y desarmásteis tres veces
*al mísero tesorero.

VASCO. *En Puente rendir la espada
*es también achaque viejo:

OBISPO. *Pasó el lance preparado
*por la perfidia; surgiendo,
*cual si fuérais nuevo Alcides,
*y Pedrarias, Euristeo,
*para vos otros trabajos
*tan rudos y jigantescos,
*que nadie hubiera creido
*les diérais cima.

VASCO. *¿No es cierto?

OBISPO. Sí, hijo mío, alzad la frente
ceñida del lauro eterno
que conquistásteis llevando
al mar del Sur los primeros
buques que hendieran sus aguas,
y que ¡aquí! se construyeron.

VASCO. ¡Es verdad!

OBISPO. Mudos, atónitos,
de emoción y espanto llenos
presenciamos vuestra marcha
y ponerse en movimiento
los bergantines llevados
en hombros por hombres vuestros

camino de la montaña...

VASCO. Sí, y emprendimos su ascenso (Con exaltación.)
con las naves en los hombros
por entre bosques espesos,
precipicios y torrentes,
lagunas, desfiladeros,
veredas intransitables,
rocas y blandos terrenos...
¡Brava lucha! ¡Noble carga!
Mas ¡ay! muchos perecieron,
ya por el sol abrasados,
ya de un abismo en el seno,
ya de increibles fatigas
que agotaron sus esfuerzos.
Pero al fin, ¡quién lo dudara?
dejamos en salvo el resto,
y á orillas del mar del Sur,
las naves que se mecieron
del Atlántico en las olas,
de la montaña en lo excelso,
de la selva en el follaje
¡de mis bravos en los pechos!
Entonces, lancé los buques
al mar por mí descubierto,
y desplegando la lona
hice rumbo al archipiélago
de las Perlas, do sacamos
un tesoro por trofeo.
Después navegué en demanda
de ignoto y lejano imperio,
sin abordar á sus costas
por sernos contrario el viento.
Pero allí yace y espera;
¡me llama! ¡Iré? ¡Dulce sueño,
que al despertar me convierte
en humo el dorado imperio,
en crimen la ansiada gloria,
(¡en culpa mi amor inmenso!)

OBISPO. No ha de triunfar la perfidia.

VASCO. Hoy me amenaza un proceso;

mañana injusta sentencia
y ¡quién sabe? Si el destierro
no consigo de Pedrarias
para mí y el buen Argüello,
acaso el deber me obligue
á desnudar el acero. (Con voz sorda y poco firme.)

OBISPO. No, por Dios; á hablarle voy,
tranquilo estad; pronto vuelvo.
(Se dirige á la segunda puerta de la derecha por donde entró Pedrarias.)

VASCO. ¿Y vuestra marcha que urge?
Yo le hablaré. (Dando un paso.)

OBISPO. ¡No me ausento
hasta que pase el conflicto!

VASCO. Siendo así, que os premie el cielo.

## ESCENA VIII.

VASCO NUÑEZ y luego DOÑA ISABEL.

VASCO. ¡Huir de él! esto codicio.
La traición en mí no cabe;
pero estoy con riesgo grave
al borde del precipicio.
Si su saña no aminora;
si en su injusticia crüel
no accede... ¡Doña Isabel!
(Esta sale por la primera puerta de la derecha.)

ISABEL. ¡Vasco Nuñez?

VASCO. Mi señora...

ISABEL. ¿Vos aquí?

VASCO. Y á vuestro lado,
pues sin duda quiere el cielo
conceder este consuelo
al perseguido soldado.

ISABEL. Todo lo sé ¡triste suerte!
¡Mis ruegos no escucha Dios!
¡Entre Pedrarias y vos
se espera una guerra á muerte!
*¿Es cierto? ¡No habré entendido

*mal á través del tapiz?
*¡Y yo, mujer infeliz,
*que cual madre os he querido!

VASCO. Basta, señora, no más
errores por vida mía:
contra el padre de María
no combatré jamás.
*Creedme, sí; alzad la frente;
*concluyan duelos y enojos,
*secad los hermosos ojos
*y miradme dulcemente.
La guerra amenaza, sí,
mas no estallará, señora;
que á Pedrarias pido ahora
el destierro para mí.

ISABEL. ¿El destierro?

VASCO. Y su perdón
por aquel secreto extraño
de rencores, que en mi daño
le envenena el corazón.
Entonces, con corta hueste,
iré henchido de esperanza
donde conquiste mi lanza
otro imperio como este.
No hay peligro que me aflija
ó abata mi vuelo osado;
triunfaré y habré ganado
dos veces á vuestra hija.

ISABEL. Partid, pues, Vasco.

VASCO. Señora,
ya he pedido á vuestro esposo
su venia y la espero ansioso...

## ESCENA IX.

DICHOS y el OBISPO, luego PIZARRO.

OBISPO. La esperáis en mala hora.

VASCO. ¿Qué decís?

OBISPO. Que se ha negado

á conceder el destierro,
porque os prepara un encierro
que es mejor.

ISABEL. ¡Ay desdichado!

OBISPO. (Le ciegan odio y envidia.)

VASCO. ¿Y á Argüello que le prepara?

OBISPO. ¡El verdugo!

ISABEL. ¡Oh suerte avara!

VASCO. Ya veis, provoca la lidia. (A Doña Isabel.)

OBISPO. Sólo evitarla pudiera
que marchara vuestro bando
sin vos...

VASCO. Al punto lo mando.

(Pizarro sale por la izquierda en trage de campaña.)

PIZAR. ¡Falta que os obedeciera!

VASCO. ¡Vive el cielo!... mas ¿qué grito
si es verdad que nada soy?

PIZAR. Aún más que ayer, fuera hoy
no obedeceros delito.
¿Pero habrá quien nos denigre
aunque prohibáis la contienda?
¡Pardiez! arrojad la venda
y ved las garras del tigre!
Si partimos, es segura
vuestra prisión.

VASCO. ¡Si os quedáis,
á combatir me obligáis
contra vosotros!

PIZAR. Muy dura
os fuera así la victoria.

ISABEL. ¡Vasco... Pizarro! ¡Dios mío!!

VASCO. Esperad. (A Doña Isabel.)

ISABEL. ¡En vos confío!

OBISPO. La esperanza es ilusoria.

(Ayora sale de la cámara de Pedrarias y atraviesa la escena con paso rápido, marchando por la puerta cercana al foro.)

PIZAR. ¡Ved, sus órdenes trasmite!
(A Vasco reparando en Ayora.)

ISABEL. ¡Supliquémosle! (Al Obispo por Pedrarias.)

OBISPO. Ya es tarde;

no escucha.

ISABEL. (¡Mi frente arde!)

VASCO. (Es fuerza que el choque evite.)
¡Pizarro, marchad!

PIZAR. Señor,
de salvaros juramento
hicimos.

VASCO. Con vuestro intento
me perdéis.

PIZAR. Ningún rumor
revela que en esa plaza
trescientos hombres esperan
que por vos el alma dieran;
pues bien, usad la amenaza,
súplicas, órdenes, ruegos,
y no partirán; ya saben
que esto haréis porque no agraven
su causa por vos.

VASCO. ¡Qué ciegos!

PIZAR. ¡Dé Pedrarias la señal,
y estalle la lucha cruel!

VASCO. ¡Rebelde!

PIZAR. Sí, para él;
para vos siempre leal.

VASCO. ¡El os manda!

PIZAR. ¡El nos mancilla!

OBISPO. ¡Silencio!

ISABEL. ¡Tened el labio!

VASCO. (A Pizarro.) ¡Pide el perdón de tu agravio!
(Con imperio.)

PIZAR. Sí, sí.

VASCO. (Idem.) ¡En tierra la rodilla!

(Pizarro se hinca ante Doña Isabel, que se cubre el rostro con las manos.)

ISABEL. Alzad, perdonado vais.

VASCO. (A Pizarro.) ¡Partid en nombre de Dios
y del rey! (Con suprema ansiedad.)

PIZAR. ¡Partir sin vos,
(Con mucha energía y resolución.)
no ha de ser mientras viváis! (Váse.)

VASCO. (¡Cielos!)

OBISPO. ¡Disponed la huida;
estáis perdido!

VASCO. Señora...

ISABEL. Id con la hueste traidora
que os sacrifica su vida.

OBISPO. ¡Es inocente! (A Doña Isabel por Vasco.)

ISABEL. ¡Y yo fiel
á mi esposo; un hondo abismo
de vos me separa, el mismo (A Vasco.)
que á vos os separa de él!

(El Obispo y doña Isabel se van entrando en la cámara de Pedrarias.)

## ESCENA X.

VASCO.

¡Yo rebelde! ¡Yo traidor!
¡Yo verdugo de los míos!
¡Yo con perjuicios impíos,
manchando mi limpio honor!
¡Nunca!! Mis timbres de gloria
no enlode la rebeldía;
ni de mi amor, á María,
le avergüence la memoria! (Desnuda la daga.)
¡No! ni mi hueste guerrera
ingrato pago reciba...
«si ha de ser mientras yo viva»
no será cuando yo muera!
¡Honor, te llevo sin mancha
al triste sepulcro frío!
¡Tú, perdóname, Dios mío!
(Levanta el brazo para herirse.)

ARBOL. (Saliendo por la izquierda.)
¡Vasco Nuñez! (Fuerte grito.)

VASCO. (Arroja el puñal y se abraza á Arbolancha.)
¡Arbolancha!

## ESCENA XI.

**VASCO, ARBOLANCHA, y luego el OBISPO.**

**(Arbolancha vestido de viaje y con unos pliegos en la mano.)**

ARBOL. ¡Qué íbais á hacer! **(Diálogo rapidísimo.)**
VASCO. ¡Estoy ciego,
pero decid!...
ARBOL. ¡Voto á brios!
digo ¿qué fuera de vos
si tan á punto no llego?
VASCO. ¿No sabéis?...
ARBOL. Algo he sabido.
VASCO. ¿Cuándo llegásteis?
ARBOL. Ahora.
VASCO. ¿De España?
ARBOL. Sí, que deplora
su ingratitud y su olvido.
VASCO. No comprendo.
ARBOL. Sí; de España
que de júbilo radiante
repite con voz jigante
en la corte y la campaña,
alegrando el corazón:
¡Viva Nuñez de Balboa!
VASCO. ¡Patria mía!
ARBOL. ¡Eterna loa
al sucesor de Colón!
Entusiasmo indescriptible,
delirio, alabanza loca,
vuestra conquista provoca.
VASCO. ¿Y el Rey?
ARBOL. De emoción visible
muestra dando repetida,
exclama con firme acento:
«Pues tan gran descubrimiento
»á España ve enriquecida,
»por su lealtad y nobleza,

»nombro á Vasco Adelantado
»del Mar del Sur.»

OBISPO. (Desde la puerta refiriéndose á Pedrarias.) (¡Obcecado!)
(Sale y se acerca lentamente á Vasco.)

VASCO. ¿Dijo?

ARBOL. Y lo firmó su alteza.

VASCO. ¿Y lo firmó?

ARBOL. En este pliego.
(Enseñándole uno de los que lleva.)

VASCO. ¡Adelantado!

OBISPO. (¡Qué escucho!)

ARBOL. Mas siendo el mérito mucho
añade Fernando luego:
premié sus conquistas ya;
para premiar su valor
le nombro gobernador
de Coíba y Panamá.

VASCO. ¡Imposible!

ARBOL. Nada aumento.

VASCO. ¿Son dichas imaginarias?

ARBOL. ¡Aquí le traigo á Pedrarias
vuestro real nombramiento!
(Mostrándole otro pliego.)

VASCO. ¡Deliro!

ARBOL. A más esta joya
tened, y vedla despacio.
(Le entrega una cajita entre larga y muy achatada.)

VASCO. ¿De quién viene?

ARBOL. ¡Del palacio
de la marquesa de Moya!

VASCO. ¡Arbolancha!

ARBOL. ¡Sed dichoso! (Se abrazan.)

OBISPO. No perdamos un instante.
(A Arbolancha colocándose entre ambos.)

VASCO. ¡Fiel amigo! (Dirigiéndose al Obispo.)

OBISPO. Iré delante.

ARBOL. Es justo.

OBISPO. Y quizá forzoso.

(Arbolancha deja pasar al Obispo, que entra en la cámara de Pedrarias.)

ARBOL. (De mis nuevas la mejor
le oculto por tiempo breve,
porque saberla no debe
hasta ser gobernador.
*El rey lo dispuso así,
*atendiendo mis consejos.
*¡Noble Vasco, no está lejos
*la felicidad de tí!) (Entra también en la cámara.)

## ESCENA XII.

VASCO.

(Tratando de abrir la cajita.)

¡Es de mi amor, de María!
Cerrada está; con la daga...
(La busca y toca la vaina.)
¡Ah! La arrojé... ¡Ya no amaga!
¿Quién del cielo desconfía?
(Recoje el puñal y abre con él la cajita.)
¡Saltó!... ¡Veamos... ¡Para mí! (Figurando leer.)
¿Qué será? Rojo brocado...
(Mirándolo detenidamente.)
¡La banda de Adelantado
y una carta, de ella, sí!
(Las oprime convulsivamente mirando al rededor como temeroso de que se las quiten.)
¡Quién vá?... ¡Nadie! ¡Desvarío!
¡Me ahogo! ¡Temo enloquecer!...
¡Que no me mate el placer!!
¡Soy feliz; gracias, Dios mío!!
(Váse corriendo por donde entró.)

## ESCENA XIII.

PUENTE.

(Por la izquierda, segunda puerta, en actitud de buscar á alguien.)

No ha llegado; aquí le espero;
me consume la impaciencia;

mas esta vez es segura
mi venganza. Con las pruebas
que Garabito promete
y que Corral complementa,
de la traición de Balboa
ni duda remota queda.
Pues quien conoce la trama
soy yo, y la calumnia artera
buenas armas me parecen
si al fin lo mato con ellas.
*Pero en tanto que en mis manos
*no las mire, no las tenga,
*nada puedo contra él...
*nada puedo ¡mil centellas!
*Le odio con toda mi alma;
*y aunque su sangre vertiera
*gota á gota, le odiaría
*tal vez con igual fiereza.
*El destruyó mi ventura,
*él me venció en la pelea,
*él consiguió de María
*¡ídolo ser!... así ella
*me lo dijo, traspasando
*mi corazón, sin clemencia.
Miserable, aventurero,
gladiador, ni tu destreza
ni tu audacia han de salvarte
de mi venganza... ¿Quién llega?

## ESCENA XIV.

PEDRARIAS, DOÑA ISABEL, OBISPO, ARBOLANCHA, PUENTE, ESPINOSA.

**(Pedrarias trae de una mano á doña Isabel, y con la otra arruga los papeles que le entregó Arbolancha. Este, Puente y Espinosa forman grupo aparte.)**

PEDRAR. ¡Basta ya!
OBISPO. Perdonadme la insistencia.
PEDRAR. (¡De coraje y rubor pierdo el sentido!)

PUENTE. (¡Pedrarias demudado!) ¿Qué suceso?...
(A Espinosa: éste le contesta y Puente se extremece.)
OBISPO. *Señor...
PEDRAR. *Habéis oido
*del juez la autorizada providencia,
*y es vano el insistir.
ESPIN. *Media un proceso
*que á Nuñez para el mando inhabilita,
*y su alteza sin duda lo ignoraba.
ARBOL. *Permitidme afirmar que lo sabía,
*pues con sus propios labios
*me dijo que ordenaba
*á su alta señoría,
*romper cualquiera causa si era añeja,
*y en su nombre olvidar rancios agravios.
PEDRAR. *¡Silencio, vive Cristo!
*(¡Qué vil humillación al rey le debo!)
ISABEL. *(¡Qué lucha inacabable!)
PUENTE. *(¡Qué tardanza!)
(Mirando atrás.)
OBISPO. *Espero conseguir...
PEDRAR. *Vana esperanza.
OBISPO. ¿Olvidáis que lo ordena el soberano,
y que nunca discute la obediencia
el vasallo leal, ni el regio escrito
arruga con su mano
crispada por la rabia ó la demencia?
Pedrarias, por favor, abrid los ojos;
tended por esos campos la mirada
do los indios están, fiera manada
que acecha los despojos
del vencedor en lucha fratricida
sin fuerzas ya para esgrimir la espada,
sin medio acaso de salvar su vida.
PEDRAR. Quizás tengáis razón, mas quien provoca
tan negro porvenir, ¿no es Vasco Nuñez?
¿El jefe no soy yo? ¿No represento
la regia autoridad? ¿A quién le toca
sumiso obedecer?
OBISPO. Les toca á todos

## ESCENA XVI.

DOÑA ISABEL.

¡Desdichado! medra y crece
su encono más cada día,
al paso que mi María
de tierno afán desfallece.
Tal vez le espera la palma
de martirio duro y lento!
Un triste presentimiento
me lo anuncia ¡hija del alma!
Ella sufre, mas no olvida,
tiene en su amor confianza,
y el quitarle la esperanza
fuera quitarle la vida.
**(Se oyen á mucha distancia numerosos vivas y aclamaciones á Vasco Nuñez y otros á Pedrarias.)**
¿Esas voces, esos gritos?...
son vivas y aclamaciones;
quiera Dios que tantos dones
no se supongan delitos.
**(Se sienta y queda ensimismada.)**

## ESCENA XVII.

DOÑA ISABEL y PUENTE.

**(Doña Isabel sentada y pensativa.—Puente sale como huyendo, con un legajo en la mano, se detiene sin ver á doña Isabel.)**

PUENTE. *Llegué tarde; inútil fuera
*presentarla en el momento, **(Señalando al legajo.)**
*ni el juez me escuchara atento,
*ni hallara quien lo prendiera.
**(Se oyen más aclamaciones.)**
*Le aclaman Adelantado,
*gobernador... Imagino
*que pueda ser asesino
*quien no hubiera asegurado

*su venganza por la ley.
*¡Aclamadle! ¿Qué me importa!
*Su dicha será muy corta,
*y no ha de salvarle el rey.
(Se había ido acercando lentamente, y repara en doña Isabel; ésta se levanta sorprendida.)
*Señora... (Algo confuso.)

ISABEL. *¿Con qué licencia? (Con severidad.)

PUENTE. *Siempre severa conmigo...

ISABEL. *No olvidéis que es un castigo
*para mí vuestra presencia. (Con altivo desdén.)

(Puente hace un gesto airado y se retira hacia el fondo.)

## ESCENA XVIII.

PEDRARIAS, VASCO, OBISPO, DOÑA ISABEL, PUENTE, ARBOLANCHA, ESPINOSA, AYORA, PIZARRO, ARGÜELLO, GRIJALBA (de alférez), CIENFUEGOS, BOTELLO, capitanes de Pedrarias, etc.

(Vasco se dirige á doña Isabel precedido de Pedrarias y seguido del Obispo.—Después Pedrarias se acerca á Puente y quedan á la derecha doña Isabel, Vasco, Obispo, Pizarro y Arbolancha.—A la izquierda Pedrarias, Puente y Espinosa y hacia el fondo acompañamiento y el resto de los personajes.—Vasco Nuñez traerá una banda igual á la de Pedrarias.) (Diálogo rápido.)

PEDRAR. Señora, ante vos está
el valiente Adelantado
que el gobierno ha recobrado
de Coíba y Panamá.
(Es terrible situación.)

PUENTE. (Al oido á Pedrarias.) (Escuchad.)

VASCO. Noble señora...

ISABEL. Os felicito.

OBISPO. En buen hora
dicho sea.

ISABEL. Tenéis razón.

(Pedrarias á la izquierda, examina los papeles que Puente le entrega procurando recatarse de todos; terminando por guardarse los papeles cuando lo indique el diálogo.)

VASCO. Honras que no merecí
y que colman la medida
de la ambición de mi vida.

PEDRAR. (¿Vasco conspiraba?) (A Puente con sigilo.)

PUENTE. (Sí.) (A Pedrarias con sigilo.)

VASCO. Mas todo engrandecimiento
en desventuras trocara
si así su amistad lograra.

PEDRAR. ¿Y éste? (A Puente señalando en el papel.)

PUENTE. (Habló en el tormento.)

OBISPO. Venid, lo juzgo sencillo
si vos se lo suplicáis.

ISABEL. Ojalá lo consigáis. (Con triste desconfianza.)

PEDRAR. (Bien está.) (Se guarda los papeles.)

PUENTE. (Por fin lo humillo.)

(Puente se aparta de Pedrarias, y el Obispo y Vasco se le acercan. Arbolancha se interpone é interrumpe á Vasco.)

VASCO. Señor...

ARBOL. Vasco, perdonad;
pero ha llegado el momento
en que he de dar cumplimiento
á la excelsa voluntad.
Estas cartas me dió el rey
con la expresa condición
de no hacer la donación
hasta cumplirse su ley.
Y pues estáis aclamado
cual su alteza disponía,
tenga vuestra señoría...
(Entrega á Pedrarias una carta.)
al par que el Adelantado. (Idem otra á Vasco.)

(Pedrarias toma la carta con desconfianza y Vasco con asombro.—Pedrarias la abre febrilmente y lee sin detenerse.—Vasco con lentitud.)

PEDRAR. (Lee.) «No como altivo monarca,
pero sí como hombre viejo,
os suplico y aconsejo,
para bien de esa comarca,
que déis gustoso la mano
de vuestra hija mayor

al grande descubridor
Vasco Núñez.»

(Pedrarias da un grito y estruja el papel mirando á Vasco con reconcentrada cólera.)

PEDRAR. (¡El villano!...)

VASCO. (Lee.) «Pues que fué la estrella fija
de tus lides temerarias,
pídele al noble Pedrarias
para tí, su hermosa hija.»

(Vasco con extremada emoción dirige la vista á Pedrarias, y ambos se contemplan algunos segundos.—Vasco se acerca á Pedrarias y le dice con voz conmovida.)

VASCO. Señor, si sueño no es
tan no esperada fortuna,
dejad, dejadme que una
mis labios á vuestros piés.

(Se inclina ante Pedrarias, éste retrocede.)

PEDRAR. Apartáos ¡vive Dios!
¡mi hija vuestra! Desvarío...
la defenderé...

ISABEL. (¡Dios mío!)

PEDRAR. ¡Contra el rey y contra vos!

(Vasco se aparta con tristeza y queda abatido.—Doña Isabel llora, el Obispo se acerca á Pedrarias y le dice al oido con sigilo.)

OBISPO. No despreciéis el consejo
de nuestro buen soberano
Pedrarias, que sois anciano.

PEDRAR. (Es verdad que ya soy viejo.)

(En tono especial y como respondiendo á una idea.)

OBISPO. Y con valor inaudito
Núñez su carrera empieza
protegido por su alteza...

PEDRAR. (Cierto que es su favorito.) (Idem.)

OBISPO. Si por hijo le queréis,
así todo se concilia,
y obtendrá vuestra familia
la gloria que ambos ganéis.

PEDRAR. (Viejo soy, mi fin preveo;
á Vasco ayuda la suerte,
y es seguro que á mi muerte

podrá cumplir su deseo!...
Entonces su sangre odiada,
se mezclará con la mia...
¡y esto ha de ser? lo sería
si el pecho en hora menguada
cediera al necio temor.)
¡Vasco Nuñez!

VASCO. ¿Qué decis?

PEDRAR. Negada está; ¿persistís
en vuestro empeño?

VASCO. Señor,
la demanda aplazaré
hasta engrandecerme más.

PEDRAR. ¿Y no olvidaréis?

VASCO. Jamás,
al fin la mereceré.

PEDRAR. Entonces que no os aflija
la tardanza. Sin extremos,
Adelantado, os cedemos
la mano de nuestra hija.

(Todos lanzan una exclamación de asombro y de alegría.—Doña Isabel revela espanto y Vasco grandísima emoción.)

ISABEL. ¡Qué escucho!

OBISPO. ¡No más rivales!

PUENTE. (¡Maldicion!)

VASCO. ¡Cielos!

PIZAR. (¡Pardiez!)

PEDRAR. Ahora mismo, señor juez,
extended los esponsales.
(Con imperiosa voz de mando.)
(Espinosa se acerca á la mesa y toma asiento, disponiéndose á escribir.—El Obispo le sigue y se coloca en pié á su lado; doña Isabel y Vasco se dirigen á Pedrarias.)

ISABEL. ¡Pedrarias! (Interrogándole con asombro.)

PEDRAR. Del soberano
escucho el ferviente ruego.

(Con refinada ironía, y la conduce de la mano hasta el sillón donde la sienta y luego se une á Puente, al que da órdenes con sigilo.)

VASCO. Señor... (Muy conmovido.)

PEDRAR. Dejad para luego
todo proceder urbano.
(El obispo se coloca entre Vasco y Pedrarias, diciéndoles con dulzura.)

OBISPO. *Unidos quedáis los dos
*por lazo noble y eterno.
*Perdonad á vuestro yerno. (A Pedrarias.)
*Amadle después de á Dios. (A Vasco.)
Ya tranquilo partiré.
(Estrecha las manos á Pedrarias y á Vasco.)

PEDRAR. Llevad feliz travesía.

VASCO. Y entregaréis á María
los esponsales.

OBISPO. Sí, á fé.

VASCO. ¿Permitís? (A Pedrarias.)

PEDRAR. ¿Pues no? sin duda.

OBISPO. Adios, que el buque me espera.
(El obispo pasa á despedirse de doña Isabel.)

PEDRAR. (A Vasco.)
Mas no olvidéis que altanera
con vuestro nombre se escude
rebelde tropa...

VASCO. Señor...

PEDRAR. Salir les mandé.

VASCO. Saldrán.

PEDRAR. Sin su antiguo capitan.

VASCO. Y contritos de su error.

ESPIN. El señor Adelantado
puede firmar.

VASCO. ¡Yo!
(Se acerca vacilante y trémulo y firma febrilmente; luego se aparta de la mesa con emoción grandísima, dirigiéndose á los capitanes.)
¡Ya es mia!
¡Oh, mi razon se extravía!

PEDRAR. Ya está el contrato firmado. (Firmando.)
(Vasco abraza á Pizarro, Arbolancha y Argüello, despidiéndolos.)
Partid y esperarme allá.

PIZAR. ¡Ahora mismo!

ARGÜEL. ¡Sin tardanza!

ARBOL. Adios, invencible lanza.
PIZAR. ¡Sed dichoso!
VASCO. ¡Lo soy ya!
(Vánse Pizarro, Argüello, Cienfuegos, Botello y demás gente de Vasco.—Los de Pedrarias también saldrán á una indicación de éste.)
ISABEL. ¿Es esto perdón ó ardid?
temo comprender. ¡Dios mío!
VASCO. Dichosa hacerla confío. (A doña Isabel.)
(Los oficiales de Pedrarias vánse, quedando el último y solo Grijalba.—Este se detiene y acude al llamarle Pedrarias.)
PEDRAR. Alférez Grijalba, oid.
(Pedrarias y Grijalba á la izquierda.—Doña Isabel sentada habla con Vasco.)
PEDRAR. (A Grijalba.)
Con sigilo y con cautela
la guardia acercadme.
GRIJ. Bien.
PEDRAR. Mandad que espere también
el buque sin dar la vela.

## ESCENA XIX.

PEDRARIAS, VASCO, DOÑA ISABEL.

(Oyense tambores y clarines batiendo marcha, de las tropas de Vasco que desfilan.—El ruido de los tambores se irá alejando hasta extinguirse gradualmente.)

VASCO. Ya sale mi brava gente
del mar del Sur en demanda.
PEDRAR. Y ya es tiempo de que os cuente,
aunque al contarla me afrente
historia horrible y nefanda.
(Pedrarias mira alrededor, y como poseido de extraña locura, dice con acento nervioso y creciente exaltacion:)
¿Pero qué dije? no, no.
La impaciencia me cegó;
ahora nada os contaré,
mas os juro por mi fé
que un lugar preparo yo

donde os podré confesar
mi secreto, sin recelo
de que más que vos y el cielo
me pudieran escuchar.

VASCO. No comprendo vuestro anhelo.

PEDRAR. Porque es tu audacia tan loca,
que la triste suerte olvida
de aquel que la dicha toca,
pues siempre Dios la coloca
entre la muerte y la vida.

VASCO. ¡Ya os comprendo!

PEDRAR. ¡Qué tardío!

VASCO. ¡Una traición!

PEDRAR. ¡Un ardid!
En dos juramentos fío;
cumplísteis uno, admitid
que no he de faltar al mío.

ISABEL. ¡Cielos!

VASCO. A mi causa honrosa
hará justicia María.

PEDRAR. No ha saber, á fé mía,
que ha llegado á ser tu esposa.
Anclado queda en la ría
el buque que no saldrá.
En cuanto á tí, hora es ya
de hundir la soberbia frente.

VASCO. ¡Qué decís!

PEDRAR. ¡Ayora, Puente! (Gritando.)
¡entrad todos!

ISABEL. ¡Loco está! (Con angustia.)

## ESCENA XX.

DICHOS, AYORA, PUENTE, ESPINOSA, capitanes y soldados.

(Entran con ímpetu y se colocan cerca de Pedrarias que se hallará á la derecha.—Vasco en medio y doña Isabel á la izquierda.)

VASCO. ¿Mas cuál intento?...

PEDRAR. ¡Acusado

estáis de conspirador!

VASCO. ¡Mienten los viles!

PUENTE. ¡Osado!

PEDRAR. ¡Prended al Adelantado!

(Los capitanes y soldados se dirigen á Vasco que tira de la espada y describe un círculo.)

VASCO. ¡Plaza, plaza al gladiador! (Con imponente fiereza.)

(Todos retroceden.— Suena un cañonazo.—Pedrarias se sorprende y Vasco baja la espada.—Grijalba llega por el fondo.)

PEDRAR. ¡Un buque leva!

VASCO. ¡Se salva!

GRIJ. Partió la nave, y espero
traer tu gente.

PEDRAR. ¡Vil, artero!

GRIJ. ¡Pago mi deuda! (A Vasco.)

VASCO. ¡Grijalba,
noble sois!

ISABEL. ¡Dadme el acero! (Abrazándose á Vasco.)

(Grijalba salta por el balcón.)

PUENTE. ¡Matadle! (Al centinela: éste dispara una ballesta.)
(Corriendo al balcón.) ¡Murió al bajar!

ISABEL. ¿No soy vuestra madre? (A Vasco.)

VASCO. ¡Sí!

ISABEL. Probádmelo. (Sin soltarle el brazo.)

VASCO. (Desesperado.) ¡Sólo así
me entrego yo sin luchar;
á ella la rindo, no á vos;
para arrancarme este acero,
hace falta el mundo entero...
¡y la voluntad de Dios!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

---

*Sala de la cárcel de Acla. Puerta principal á la deresha; otra en el fondo á la capilla de Vasco; á la izquierda otra puerta falsa, y en primer término una ventana grande con gruesos barrotes.*

## ESCENA I.

AYORA y PUENTE.

AYORA. Es extremado el castigo.
PUENTE. Es merecida sentencia.
AYORA. No sé; pero pienso á veces
que el empapar esta tierra
con la sangre de Balboa,
por más que justicia sea
tiene de espantoso tanto,
que el pecho se oprime y tiembla.
PUENTE. ¿De qué puede hacer alarde
quien contra el rey se subleva?
Débiles sois, más Pedrarias
felizmente no flaquea,
y al soberbio usurpador
impone la justa pena
dándonos un gran ejemplo
de abnegación.
AYORA. ¿Cuál es ella?
PUENTE. ¿Olvidáis que Vasco Núñez
es su yerno?
AYORA. Dudas negras
más que asombro, esé recuerdo

en mi memoria despierta.

PUENTE. ¿Qué decís?

AYORA. Que aunqne enemigo
de Vasco Nuñez yo sea,
no admite mi pecho hidalgo
traición alguna por buena
ni por justa vil venganza...
(Puente niega con gesto enérgico.)
Me basta que lo parezca.
Algún misterio se oculta...

PUENTE. ¿Misterio?

AYORA. Escuchad.

PUENTE. (Me inquieta.)

AYORA. Yo he visto á doña Isabel
ambas rodillas en tierra
de Pedrarias implorando
para Núñez indulgencia:
y frases entrecortadas
pude oir: decía ella;
vertiendo copioso llanto...
«No condenes la inocencia.
No mates á nuestra hija.»

PUENTE. (¡Mil rayos!)—No sé qué infiera...

AYORA. Y él contestaba iracundo...
«La culpa de todo es vuestra.»

PUENTE. Caso extraño.

AYORA. Desde entonces
Pedrarias huye de ella;
doña Isabel le persigue,
le amenaza, llora, ruega
cual si estuviera demente...

PUENTE. ¿Y él?

AYORA. Ha jurado no verla
hasta que ruede de Núñez
la ensangrentada cabeza.
Y aquí, detrás de esos hierros
desde los cuales se ojea
el cadalso prevenido,
aquí, disfrutar proyecta
de la triste ejecución.

¡Es crueldad!

PUENTE. ¡Es entereza!

AYORA. No la envidio.

PUENTE. Yo tampoco,
porque soy capaz de ella.
Hasta que muera Balboa
no se domina esta tierra
que toda es suya: advertid
si no la torpe tristeza,
la soledad de este pueblo
que llora y que no pelea,
porque son pocos sus hombres
y abunda la gente nuestra.

AYORA. Es cierto; ningún socorro
debe esperar; la presencia
aquí de doña María
acaso salvado hubiera
á su esposo Vasco Núñez;
mas cuando éste muerto sea
aún no habrá llegado á España
la escapada carabela
en que el Obispo partió
hace un mes.

PUENTE. Locura fuera
esperar... Tened cuidado.
(Indicando la puerta del fondo.)

AYORA. No recelo.

PUENTE. De esta puerta
guardo la llave... y respondo
con la vida. (Váse por la puerta secreta.)

AYORA. Y yo de esa. (Señalando la de entrada.)

## ESCENA II.

AYORA, después VASCO.

(Ayora se acerca á la puerta del fondo, que está entornada, y la abre. En el interior se ven algunas luces como alumbrando una imagen. Vasco aparece en el umbral y avanza lentamente. No lleva sombrero.)

AYORA. ¡Vasco Núñez!
VASCO. ¿Quién me llama?
AYORA. Compasión os tengo...
VASCO. Ayora,
se compadece al que llora,
al que ruega, al que se infama;
quizás también al guerrero
que en torpe bando milita...
AYORA. Pero vos.
VASCO. No necesita
compasión mi orgullo fiero.
¿Acaso llegó el instante?
AYORA. Aún no.
VASCO. ¿Qué queréis de mí?
AYORA. Pedrarias viene hacia aqui.
VASCO. ¿Qué me importa?
AYORA. Tened calma.
VASCO. Para morir...
AYORA. Una hora
os queda.
VASCO. Gracias, Ayora.
AYORA. ¿Me perdonáis?
VASCO. Con el alma.
(Al salir Ayora aparece en la puerta Pedrarias.)

## ESCENA III.

PEDRARIAS y VASCO.

(Pedrarias al ver á Vasco se detiene cerca del umbral; con una seña manda salir á Ayora y entorna la puerta por dentro. Luego se vuelve hacia Vasco.)

PEDRAR. Vengo, porque al cielo plugo
se vieran hoy frente á frente
un juez con un delincuente.
VASCO. Mentís, que sois un verdugo (Con desdén.)
y víctima yo.
PEDRAR. Tal vez
pasan las cosas así;
ved al criminal en mí
y ved en vos á mi juez.
(Vasco hace un movimiento de altivo desprecio. Óyese el tañido de la campana.)
Es el toque de agonía
que anuncia dejáis el mundo...
ahora sabed en qué fundo
mi extremada tiranía.
Ya no vacilo; ya sé
que guardaréis mi secreto,
y á vuestro fallo someto
si en razón os condené.
VASCO. ¡Pobre loco! ahogad el grito
que os roba el remordimiento.
¿Qué diérais, ¡goce inaudito!
por partir, solo un momento
con el vuestro mi delito? (Cesa la campana.)
PEDRAR. Oye, pues lo quiso el hado.
Veinte años ha... no; fué ayer,
por negra duda agitado,
llegué sin ser esperado
á mi torre de Alcocer.
En las sombras sumergido
busco de mi hermana Estrella

el aposento; oigo ruido,
miro ansioso... estaba ella
¡y un hombre á sus piés rendido!
¡El ciego furor me guía
sobre él con mano armada;
me conoce, hablar ansía,
no le escucho y... con su espada
de un golpe quiebra la mía!
Huye después, ¡miserable!
yo sin honra, desespero,
pierdo el juicio, y rasgo fiero
el pecho de la culpable
con el resto de mi acero.

VASCO. ¿De vuestra hermana?

PEDRAR. ¡Sí, sí!
¡Yo soy quien la infamia espío
de su horrible ejecución,
y aquel seductor impío
que nos cubrió de baldón,
fué tu padre!

VASCO. ¡Ah!

PEDRAR. Y el mio,
noble anciano, cuya vida
eran los ojos de Estrella,
al ver en la amanecida
muerta y deshonrada á ella,
á él libre, á mi fratricida,
horroroso grito lanza,
sobre Estrella se abalanza,
y de dolor traspasado
muere pidiendo venganza.
Mas vengarle no he logrado,
aunque á tu padre busqué
con saña que el tiempo aguija;
en cambio á tí te encontré,
y tu vida respeté
porque salvaste á mi hija.
Mas hoy que tu audacia loca
el antiguo ultraje sella
y unión imposible invoca,

¡dime lo que hacer me toca
antes que entregarte á ella!

VASCO. ¿Qué os toca hacer? á fé mía
que al hallarme en trance tal,
sin compasión mataría;
mas cual cumple á la hidalguía,
en lucha franca y leal.
Y si por la edad doliente
temiera quedar vencido
combatiendo frente á frente,
en mi venganza inclemente
le asesinara escondido,
aunque después no encontrara
disculpa á mi fiero alarde,
ni cueva, de luz avara,
donde el rubor sepultara
de mi venganza cobarde.
Bien ó mal le mataría,
y esto debéis hacer vos;
no penséis en mi agonía
que la imagen de María
se interpone entre los dos.
Matadme, sí, pero sea
en una oculta emboscada.

PEDRAR. ¿Queréis que infame me vea?

VASCO. ¡Al que la calumnia emplea
no puede infamarle nada!

PEDRAR. ¡Vasco Nuñez!

VASCO. ¿Qué os asombra?
Mirad el pueblo reunido
de un patíbulo á la sombra
que por mi sangre teñido
pronto será. Oid, me nombra
el pregonero. ¿Qué dice?
Que del mando usurpador
fuí de este imperio infelice...
¡Del que ganó mi valor,
y del que merced os hice!
Oid esa voz destemplada,
eco vuestro. Notifica

que en la próxima alborada
el pueblo verá clavada
mi cabeza en una pica.
Mas ¿qué importa el polvo vano?
lo que me espanta no es eso;
cruzad el ancho Oceano
y ved al rey castellano
que examina mi proceso.
Escuchad de España el grito
que escarnece mi memoria
porque creyó mi delito;
mi nombre queda maldito
con sentencia infamatoria.
Y ahora, ¡asomáos con horror
á vuestra turbia conciencia,
y veréis, mal vengador,
que vuestra infamia es mayor
cuanto es mayor mi inocencia!

PEDRAR. ¡No; la mancha que me infama
lavará tu sangre toda!

VASCO. ¡Sangre que el mártir derrama,
no limpia, que al cielo clama
y la humana frente enloda!

(Vasco vuelve la espalda á Pedrarias y váse á sentar con altivo desdén en el sillón. Pedrarias queda ensimismado inmediato á la ventana.)

PEDRAR. Extraño afán; ¡lucha fiera
me combate y maravilla!
Él lo quiso... ¡necio fuera!...
Mi hija le aguarda en Castilla...
¡Oh, sí, es preciso que muera!
Mas ¿qué veo? Ese hombre, sí,
(Mirando por la ventana y señalando fuera.)
le conozco por mi mal.
¡Francisco Pizarro aquí!
¡Cielos! y yo le creí
á orillas del mar austral!
Las huellas sigue de Puente
cauteloso y recatado;
acaso salvar intente

á Núñez; tarde ha llegado
mas el prenderlo es prudente.
(Pedrarias se dirige á la puerta y dice á Vasco.)

PEDRAR. No hallo remedio capaz
de convenir á los dos.
Fuísteis con exceso audaz,
infeliz, ¡morid en paz!.

VASCO. Padre, que os perdone Dios.
(Pedrarias se estremece, y después de vacilar un instante váse rápidamente.)

## ESCENA IV.

VASCO.

VASCO. Basta de rudo luchar
con las iras de la suerte,
y antes que llegue la muerte
venga el pecho á consolar,
lo que en él guardo y anido
como reliquia sagrada, (Sacando una carta.)
¡la única prenda salvada
del paraiso perdido!
Patria, honor, gloria, grandeza,
paso dejad un momento
al humano sentimiento,
á mi primera flaqueza.
Aquí de mi nombre el canto (Mirando la carta.)
escribió... en vano arguyo...
¡pobre niña! ya soy tuyo...
¡llora, que te lego el llanto!
(Con profunda emoción, oprimiéndose el pecho.)
Tente... ¡no!... necios sonrojos,
si es bálsamo que me envías,
resbalad, lágrimas mías,
¡las últimas de mis ojos!
(Queda un momento sollozando y luego lee la carta con creciente entusiasmo.)
«Vasco, ven, aquí te espero...
»no tardes; mas tente, aguarda,

»tu grandeza me acobarda...
»no eres ya el aventurero
»pobre, humilde, tierno, osado,
»que ayer salvaba mi honor,
»sino el gran descubridor,
»el ilustre Adelantado
»cuyo valor maravilla
»al par que su fama crece,
»y cuyo nombre estremece
»de noble orgullo á Castilla.
»No eres siquiera, cual yo,
»un hijo de altiva cuna
»á quien la ciega fortuna
»por azar engrandeció.
»Con más alta ejecutoria
»en pobre cuna naciste,
»pues luchaste y mereciste
»ser de España honor y gloria.
»Y tu grandeza colijo
»cuando con gozo profundo
»España le dice al mundo...
»¡míralo bien, es mi hijo!»
**(Levanta la cabeza radiante de orgullo y altivez.)**
¿Será verdad? ¿No delira?
**(Oyese otra vez el toque de agonía. Vasco experimenta una trasformación horrible.)**
¡Gran Dios! ¡que mi pecho estalla!
¡Bronce fatal; calla, calla!!!
¡¡Ya sé que todo es mentira!! **(Cae en el sillón.)**

**(Oyese ruido de espadas en el pasillo. Vasco se incorpora y presta atención. Pizarro aparece por la puerta secreta, registra la escena con la mirada y corre hacia Vasco.)**

## ESCENA V.

VASCO, PIZARRO.

PIZAR. ¡Vasco Nuñez!
VASCO. ¡Francisco!
PIZAR. El tiempo vuela;
vengo á salvaros de afrentosa muerte,

empuñad el acero
y seguidme al instante.

VASCO. Aún dudo al verte
si es esto realidad.

PIZAR. Libre el camino
tenéis, y del pueblo á la salida
veinte caballos de veloz huida.
Venid, venid, que sólo una jornada
dista ya nuestro tercio diligente;
antes que el tigre su defensa intente
caeremos sobre él, y el triunfo abono
si el noble gladiador nos acaudilla.
Después... á la victoria alzáis un trono
ganando nuevos reinos á Castilla.
No perdamos momento...

VASCO. Dime, escucha...

PIZAR. Más tarde escucharé, venid.

VASCO. ¡Aguarda!
el paso libre está?

PIZAR. Tras breve lucha
el que vivo le halló, muerto le guarda.

VASCO. ¿Nada se opone á que la fuga emprenda?

PIZAR. La demora quizás.

VASCO. ¿Y esa contienda
terrible puedo hacer á mi albedrío?

PIZAR. E inevitable, sí.

VASCO. ¡Gracias, Dios mío!

PIZAR. ¿Mas qué os detiene?

VASCO. La ventura toco
y á tu amistad la debo.
¿Ya qué importa morir? Huye, Pizarro.

PIZAR. Salgamos, pues.

VASCO. ¡Yo, no!

PIZAR. Pero... ¿estáis loco?
(Atónito.)
¡Rehusáis la salvación!

VASCO. No; que la acepto
¡de mi gloria y mi nombre!

PIZAR. ¿Y vuestra vida?

VASCO. ¿Acaso me la salva tu venida?

PIZAR. ¡Rayos! ¿quién os entiende?
¿Qué dicha, pues, tocáis con mi presencia?

VASCO. La de probar á España
que al que por vil traidor la ley sentencia
¡ni leve nube su lealtad empaña!
Deja franco el camino
que libre al triunfo mi valor guiaría;
para que el pueblo vea,
que al que fué condenado en rebeldía
cuando risueño le halagó el destino,
hoy que le aguarda deshonrosa muerte,
hoy que á la vida con amor se abraza,
árbitro de su suerte
logrando ser, la libertad rechaza
prefiriendo morir! Y ante esta prueba,
¿de mi honor á dudar crees que se atreva
un solo pecho de española raza?

PIZAR. ¡Tampoco dudaría
si libre y vencedor les demostrárais
fuísteis objeto de calumnia impía!

VASCO. Tienes razón, mas el combate esquivo.

PIZAR. ¿Pensáis que temeroso nuestro tercio,
la multitud al ver de estos villanos
sus arcabuces cuente?

VASCO. ¡Qué locura!
¡Si no saben contar mis veteranos!
En su valor confío
y sé que el tiempo fuera sólo mío;
pero tan mío sólo,
que á los demás dejara sepultados
en abismos de hiel, crímen y dolo!

PIZAR. *No; la ocasión que os libra de ese extremo
*es que hallaréis á su gente repartida
*con los indios en guerra.

VASCO. *¡Desdichado!
*¡Baldón eterno para el ruín malvado
*que por salvar la miserable vida
*ó por loca ambición, alza banderas,
*mientras su patria herida
*combate contra huestes extranjeras!

## ESCENA VII.

VASCO, PIZARRO, AYORA. Soldados.

(Ayora abre la puerta y aparece seguido de algunos soldados.)

PIZAR. ¡Ha llegado la hora!
AYORA. ¡Capitán, vos aquí! (Atónito.)
PIZAR. ¡Juzgad, Ayora,
al hallarnos aún, cuánta grandeza
habrá en su corazón! (Por Vasco.)
AYORA. ¡Me maravilla! (Con emoción.)
VASCO. Vamos. (Señalando á la puerta.)
AYORA. ¡Triste deber! (Inclinándose ante Vasco.)
VASCO. Noble Pizarro,
escucha y cumple mi postrer deseo.
PIZAR. ¡Por mi vida y honor cumplirlo juro!
(Arrodillándose.)
VASCO. A España falta su mejor trofeo,
y porque muera yo perder no debe
de ignota tierra el esplendor seguro.
¡Tú sabes dónde está; juntos cruzamos
su costa dilatada...
¡que española ha de ser, si no pereces!
PIZAR. ¡Española será! (Con profunda convicción.)
VASCO. Tuya es mi espada,
tuya mi bendición, en tí confío;
¡adios, Pizarro!
PIZAR. Adios ¡oh, padre mío!

(Se abrazan y Pizarro le besa la mano. Vasco se desprende de Pizarro, le contempla un momento, mira con vaguedad al rededor, y luego alta la frente y con actitud arrogante atraviesa la escena y váse. Los soldados todos bajan la cabeza al pasar Vasco como poseidos de extraña emoción.)

## ESCENA VIII.

PIZARRO.

(Después que sale Vasco se acerca algo hacia el foro, y envaina su espada.)

PIZAR. ¡Crimen atroz, sacrílego atentado!
La patria llorará; pero acusada

será de ingrata madre por el mundo,
y con horror profundo
en más de un mártir ya los ojos fijos,
dirá que siempre á sus mejores hijos
dió, en cambio de un imperio,
¡oh, suerte desdichada!
la pobreza, el baldón, el cautiverio,
ó del verdugo la sangrienta espada!

## ESCENA IX.

**PIZARRO y PEDRARIAS.**

**(Pedrarias entra por la derecha y se dirige á la reja, sin reparar en Pizarro: éste se acerca á él.)**

PEDRAR. (Allí lo veo.)
PIZAR. ¡Pedrarias!
PEDRAR. ¿Quién me nombra?
¡Pizarro! (**Saca la daga.**)
PIZAR. ¡No temáis!
PEDRAR. ¿Cómo viniste?
PIZAR. Por aquel postigo.
PEDRAR. ¿Y Puente?
PIZAR. ¡Lo maté!
PEDRAR. ¡Tu audacia asombra!
PIZAR. ¡Vasco no quiso huir de tu castigo!
PEDRAR. ¡Imposible!
PIZAR. No midas por tu alma
vil y pequeña, la del noble Vasco.
¡Míralo, que allí va, mártir sin palma
por entre el pueblo que en silencio llora;
domina tu crueldad y lanza un grito
de perdón!
PEDRAR. ¡Calla!
PIZAR. Ahora,
la altiva frente eleva y con pié firme
los escalones del cadalso sube,
¡qué terrible visión; sangrienta nube

me ciega!

PEDRAR. Ya dobla la rodilla...
(Mirando por la ventana.)
¡Le salvaré! (Lucha con su conciencia.)
¿Valor, por qué flaqueas?
¡Ya levanta el verdugo la cuchilla!...
(Momento de ansiedad y silencio. Oyese un redoble prolongado, seguido de un murmullo producido por los gritos del pueblo. Pizarro se detiene un momento horrorizado.)
¡Su cabeza cayó!

PIZAR. ¡Maldito seas! (Váse por el postigo.)
(Pedrarias se aparta de la ventana acercándose al proscenio vivamente.)

PEDRAR. ¡Por qué lo puso Dios en mi camino!
Si fué traidor al rey,
sobre su culpa mi crueldad declino,
que lo mató la espada de la ley...
(Levanta el brazo armado con la daga, y al reparar en ella dice horrorizado:)
¡Ah!... no, no ¡el puñal del asesino!
(Arroja la daga y queda mirándola con terror.)

FIN DEL DRAMA.



---

NOTA. *Cree el autor que (si bien falsea algo el carácter de Pedrarias), acaso fuera de más efecto teatral terminar el drama de este otro modo:*

PEDRAR. ¡Por qué lo puso Dios en mi camino!
¡Si fué traidor al rey,
sobre su culpa mi crueldad declino,
que lo mató la espada de la ley!...
(Levanta el brazo armado con la daga. Pizarro le coge y oprime la muñeca, señalándole el arma.)

PIZAR. ¡La espada no! ¡el puñal del asesino!!

*Los Directores de compañías pueden elegir el final que prefieran.*

# Á ANTONIO VICO.

QUERIDO ANTONIO:

Como no debo ser ingrato, permíteme que trascriba aquí algunas de las apreciaciones de la prensa sobre tu magistral interpretación del *Vasco Nuñez*.

«El héroe de la ejecución fué el Sr. Vico. En el segundo acto tuvo dos momentos en que estuvo, no muy bien, sino asombrosamente bien; no recordamos cuántas veces le hizo el público presentarse en escena. En el final de la obra, al salir para el suplicio, tuvo que abandonar aquél camino y retroceder al proscenio, donde le esperaba el de la gloria, que le señalaba la completa ovación que unánime le hacía la numerosa concurrencia que ocupaba todas las localidades.» (*Correspondencia de España.*)

«Pocas veces hemos visto en la escena española un esfuerzo tan gigante. El arte brilló como en sus mejores tiempos. Especialmente en la escena de la despedida, cuando *Vasco* es conducido al suplicio, fué tal la verdad y la grandeza con que Vico caracterizó el personaje, que excede á toda ponderación. El público, entusiasmado, interrumpió la representación, haciendo salir á la escena cuatro veces al eminente artista, en medio de una ovación indescriptible.» (*Gaceta Universal.*)

«Tuvo asímismo á su favor el drama estrenado anoche con tan lisonjero éxito en el teatro de Apolo, el desempeño por Vico del papel principal. Extraordinarias fueron las ovaciones que recibió.» (*La Epoca.*)

«Cuanto se refiere á la ejecución puede, sin ofensa para nadie, reducirse á un solo nombre: Vico. Su entrada del prólogo, la escena en que recibe la banda y todo el acto último no se borrarán fácilmente de la memoria del público que asistió al estreno. Tampoco Vico podrá olvidar la ovación que se le hizo. Desistimos de entrar en detalles; es necesario verle para que no parezca exageración la verdad.» (*El Correo.*)

«La ejecución fué buena por parte de todos los actores, y notabilísima y en momentos excepcionales por parte del Sr. Vico. Se debe mucho del éxito á este eminente artista. Hay en la obra dos momentos que fueron dos tempestades de aplausos. Son dos situaciones en que no basta el arte, en que es preciso el genio, la inspiración. La salida de Balboa de la prisión para el patíbulo, expresada sólo con la actitud y el gesto, produjo delirio en el público. Consuela, en efecto, ver alguna vez todavía estas cosas en nuestra escena.» (*El Liberal.*)

«Del Sr. Vico no decimos nada; la pluma se resiste á describir una ovación tan entusiasta como la que recibió interpretando el simpático papel de Vasco. Cada noche de estreno que le vemos, parece imposible que pueda hacer más, y, sin embargo, llega otra y le encontramos aún superior.» (*El Arte.*)

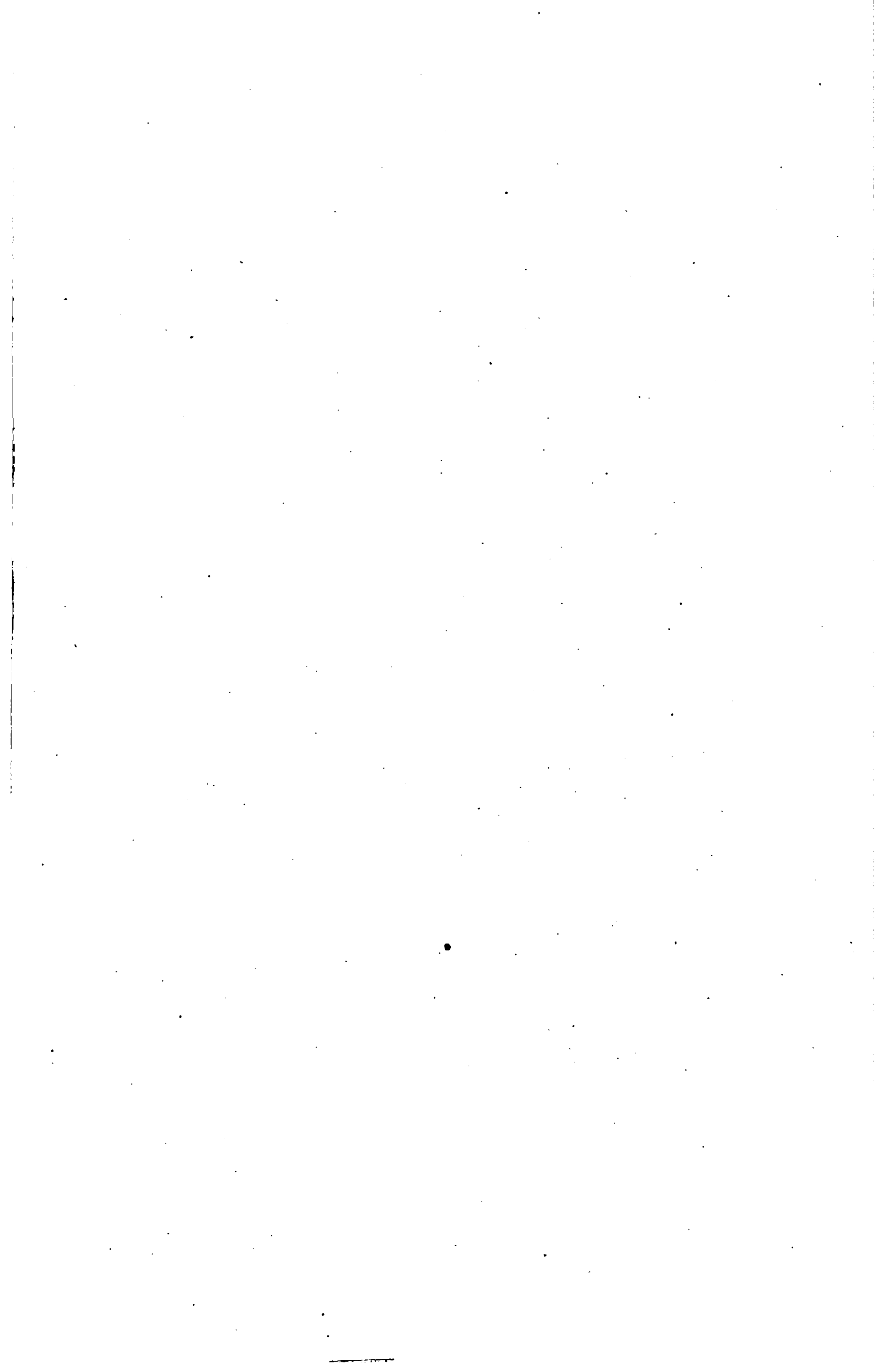
«Vico estuvo inimitable. La escena muda en que marcha al patíbulo, supo desempeñarla con tal arrogancia, que estalló súbito una salva atronadora de bravos y palmadas, y tuvo que salir repetidas veces á la escena en medio de la ovación más unánime y más ruidosa que hemos presenciado desde hace mucho tiempo en el teatro.» (*El Imparcial.*)

«El Sr. Novo puede estar satisfecho de su obra y no menos el Sr. Vico, que arrancó aplausos entusiastas, colocándose á la altura de eminente actor. La escena última, cuando se dirige al patíbulo, tiene tal grandeza, que revela la superioridad de talento, que pone á Vico á la cabeza de nuestros actores y á la par de los más notables trágicos del extranjero. La propiedad y naturalidad con que ha representado el papel de Vasco es, á nuestro juicio, el mayor de los triunfos de Vico, á quien enviamos la más cariñosa enhorabuena.»

(*El Estandarte* y *El Siglo.*)

A tan justísimos elogios, ¿qué podré añadir? Nada más que un fuerte abrazo: acéptalo de tu admirador y amigo,

**El autor.**



# PUNTOS DE VENTA.

## MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. M. Rosado* y de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol; de *D. S. Calleja*, calle de la Paz, y de los *Sres. Simón y Osler*, calle de las Infantas.

## PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Administración.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta Administración, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.